

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

LA MEMORIA DORMIDA



KNOSSOS

CAROLINA-DAFNE ALONSO-CORTÉS

LA MEMORIA DORMIDA

MADRID

KNOSSOS, Colección Literaria

KNOSSOS. Madrid. 2006.
© Carolina-Dafne Alonso-Cortés
alonsocar@wanadoo.es
ISBN 84-922246-8-1

INTRODUCCIÓN

La visita a una casa abandonada, una larga espera en el aeropuerto al filo de una muerte inminente, hacen acudir a la memoria un aluvión de hechos que ya estaban olvidados. Así dos mundos distintos, casi contrapuestos y que han coexistido en la niñez, se enlazan y afloran desde la MEMORIA DORMIDA...

Se trata de un libro de difícil clasificación, un singular descubrimiento. Con vibrante, moderno y variado estilo y, en ocasiones, incisivo lenguaje, la autora ha escrito una cálida e íntima autobiografía.

Ella vivió junto a su ilustre abuelo esos años decisivos que constituyen la infancia y la adolescencia de todo ser humano, y de esa vivencia arrancan sus recuerdos y la sensibilidad extraordinaria de sus apreciaciones.

La habilidad de la escritora ha sabido dotar a su relato del contrapunto preciso -Andalucía puede, perfectamente, ser un contrapunto para Castilla la Vieja-, a un auténtico poema en cuyo fondo se adivina la figura del abuelo.

Es éste un testimonio de una época ya desaparecida, aunque no tan lejana.

El editor.

“... su ambiente hace que me suba a flor de alma mi niñez, y ese pasado, cada vez más remoto, es el que sirve de núcleo y alma a mis ensueños del porvenir remoto. Y es tan completa la correspondencia que mis ensueños se pierden, esfuman y anegan mis recuerdos en el pasado.

Y de aquí que, jugando tal vez con las palabras, suela decirme a mí mismo que el morir es un desnacer, y el nacer un desmorir. Mas dicen que no es bueno entristecerse; no sé bien por qué”.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Van a derribar la casa y ha querido verla por última vez, en un impulso mezcla de curiosidad malsana y masoquismo. El gran portón estaba cerrado con la llave grande y además con candado (esfuerzo inútil: los vagabundos han abierto un boquete por la parte posterior del edificio, y a través de él entran y salen a placer). Hace girar la llave venciendo la fuerte resistencia de la cerradura, que gime. Recordando una antigua costumbre imprime al giro una ligera presión hacia arriba, empujando al mismo tiempo con fuerza, y entonces la pesada hoja cede con un chirrido. Entra en el portal, en la viscosa desolación del portal sombrío. La puertecilla que daba paso al sótano está abierta, y en el suelo hay fragmentos de loza y papeles. Dos de sus hijos que la acompañan examinan con atenta curiosidad infantil aquellos despojos polvorientos, de donde extraen el taco oscuro de un viejo clisé de imprenta que llama su atención por desconocido. La suciedad inunda también los escalones que muestran aún las huellas de una alfombra. Han arrancado los gruesos pasamanos de madera brillante, y lo mismo la puerta del entresuelo que era oscura y de macizos cuarterones. Y arriba, la que daba acceso a la vivienda principal está descerrajada y abierta, notándose a través de los pasillos umbríos una helada fetidez. Las paredes desnudas reflejan el eco sordo de los pasos sobre la tarima, en medio del recinto desmantelado. Entra en la pieza que fuera dormitorio del abuelo y advierte que siguen adheridos a los batientes del balcón unos jirones sin color, resto de los visillos blancos moteados. En el gran despacho, los estantes de maderas combadas que a nadie han debido interesar muestran los anaqueles vacíos, y entre ellos recuadros oscuros en la pintura delatan el antiguo emplazamiento de los cuadros sobre el tabique. Pasa a lo que fue salón amarillo y repara en el hedor de la pieza, y en la inmundicia que mancha los suelos: al parecer los vagabundos la han utilizado como letrina, y detrás de sus puertas entreabiertas se acumulan deposiciones y algunas hojas escritas manchadas de excrementos. Vence el primer movimiento de repugnancia, y su curiosidad morbosa puede más que su asco: recoge de entre la suciedad un recorte amarillento de periódico salpicado de manchas pardas. Busca en él una fecha concreta, y lee: "La guerra. Italia. Parte oficial. Roma, 24. Durante la tarde de ayer el enemigo dio muestras de mayor actividad en el frente de Trentino". "Inglaterra. Parte oficial. Londres, 24. Hoy nuestras tropas ejecutaron con éxito golpes de mano en cuatro puntos

diferentes de las trincheras enemigas al este de Ypres...” Al reverso del papel, trabajosamente pueden leerse anuncios: “Perlas de oro (perles d’or du Dr. Wony) Curan con gran rapidez la impotencia en todas sus causas y edades. Espermatorreas, pérdidas sem (una mancha, ilegible). Envía gratis folleto explicativo”. “En la sangrienta guerra que aniquila a Europa no habrá al final vencedores ni vencidos; en la guerra contra los microbios de la boca el vencedor será siempre Licor del Polo. ¡Ojo! No se vende suelto”. “Relojitos de señora, 7 ptas.; de caballero, 5. Entre calle de Postas y Plaza Mayor.” Al borde del recorte: “Los chocol Matía son los me. Pedidlos en todos los”. Recoge luego una hoja manuscrita con cuidadosa letra desconocida. Muestra huellas oscuras de una gran suela, y dice así: “Gramática comparada. El objeto de la ciencia que se ha convenido en llamar gramática comparada es hacer la historia de los desarrollos lingüísticos por medio de aproximaciones entre las diversas lenguas...” Hay también una cuartilla pisoteada y amarillenta, una página de estrofas escritas a máquina con tinta violeta, y paginada a mano (la mano del abuelo) con el número 10.

Tras los umbríos salones, el sol reverbera en la galería a través del polvo que se acumula sobre los cristales, de los surcos dibujados en ellos por la lluvia, y entre los que apenas pueden distinguirse las formas en la calle y en el jardín. No obstante, las ventanas de guillotina se desplazan con facilidad todavía y el gancho de metal que las sujetaba sigue girando. Ha mantenido en alto la empañada compuerta, y observa abajo la maraña de finas ramas que se entrelazan; parecen secas, pero ello no es más que apariencia: cuando llegue la primavera, ya cercana, la eclosión vegetal las cubrirá de pequeños y tiernos brotes, luego de hojas brillantes, y entonces todo el jardín será una masa de verdes y un florido caos; si antes las excavadoras no han emprendido su labor de exterminio, degollando la vida en el vientre de la tierra. La calle ya no es la misma desde aquí: nuevos edificios, algunos todavía en esqueleto, sustituyen a las antiguas viviendas. “Vamos, hijos”, indica. Lóbregos pasillos y al fondo la puerta del desván, alta y estrecha: dos vueltas a la llave que rechina al girar y aparecen las escaleras estrechas y empinadas. Las sube, seguida de sus hijos, y siente el crujir de los peldaños bajo los pies. Arriba los huecos permanecen cerrados, pero el sol se cuele por las rendijas y agujeros trazando finas líneas de luz, donde bailan corpúsculos brillantes. Por rara ironía el desván es la única parte de la casa donde el tiempo se ha detenido: nada herido ni arrancado, todo está igual, sin hollar, sin dañar. Por un momento había sentido

el temor de que las viejas orlas universitarias, las amarillentas fotografías, los floreros antiguos, las lámparas y los frascos polvorientos y su Belén con los pastores descabezados permanecieran todavía allí. Pero al fondo el hueco de una puerta recorta la luz espectral del almacén, que está abierto y vacío. Alguien, sin duda, ha dado caritativo fin a los arcaicos despojos. Van abriendo ventanas y claraboyas, postigos sujetos con aldabillas de hierro tosco. Y ante la creciente claridad que invade la techumbre, que desvela sombras iluminando rutilantes hilos de araña bajo el entramado, sus hijos sorprendidos contemplan el prodigio, pobres niños de ahora que desconocen lo que es un desván: la luz irrumpe ya hasta el fondo de la planta abuhardillada, hiere los gruesos pilares de madera vieja que sostienen vigas y travesaños, enciende el borde de las tejas, quiebra los ojos, inunda de un halo blanquecino el suelo de baldosas de arcilla cubiertas de siglos de polvo. Todos los huecos abiertos ofrecen parecido espectáculo: solares yermos rodean la casa esperando el momento de engullirla. Desde aquí la maraña del jardín aparece más fina y más lejana. Entorna los pequeños cuarterones como quien cierra los ojos de un muerto, con amor. De nuevo los hilos de luz alumbran tenues su descenso a través de las escaleras crujientes.

Una mañana como todas, zumbó temprano el despertador: levantarse, vestirse, llamar a los niños, ayudarles a arreglarse, ponerles el desayuno, besarlos antes de salir hacia el colegio, qué buena mañana tibia y clara, ya van un poco tarde. Preparar el desayuno al marido, terminar de vestirse, sacar las botellas de la leche. Iba a tomar el autobús hasta la Biblioteca, pero no, es pronto, mejor andando por el parque, da gusto recién regado: cinco minutos para salir del camino entre el césped, cinco minutos hasta cruzar el paseo, cinco para salir de nuevo a las calles. Junto a las verjas de la Biblioteca es justo la media hora, se apesure o no, es igual. Menos mal que ha respirado hondo, aquí en el centro no hay quien respire: lo más contaminado, ya lo dicen las estadísticas. Y dentro lo de siempre, libros y más libros.

Estaba catalogando libros, era su trabajo. De pronto, una llamada telefónica.

-Quiero decirte que el abuelo...

-¿Qué le pasa al abuelo?

-Está muy mal. Se está muriendo. Ya no hay nada que hacer.

-Dios, Dios. ¿Lo sabe ya mi padre?

-Sí, le avisamos esta mañana. Ha dicho que tomará el primer avión hasta ahí. Luego, podéis venir en coche.

-¿A qué hora llegará aquí, no sabes?

-No sé a qué hora. No hay billete, tiene que aguardar en las listas de espera.

-Iré al aeropuerto enseguida.

-Llamad cuando llegue.

-Así lo haré, descuida.

Infeliz, ¿qué habías supuesto? ¿Qué pensabas? Quizá, que con tu vida ya hecha, tus problemas concretos, tu voluntad tan recia, el largo tiempo transcurrido, todo superado, todo, ¿todo? ¿Es que te crees tan dura, tan firme? ¡Un anciano de cerca de cien años! ¿Qué? Y tú llena de esperanzas, de horizontes, ¿qué?, ¿qué te habías tú creído, qué? ¿Que acaso este final no era más que cuestión de trámite? ¿Eso te hablas creído? ¡Infeliz, insensata infeliz! ¿Qué? Sí, titulares en los periódicos, funerales lucidos y pésames, desgraciada infeliz. Y un anciano de cerca de cien años. Oh sí, titulares, y nada más. ¿Nada más en tu vida, infeliz? Prepárate, porque tu vida ha cambiado. No sabes tú bien hasta qué punto tu vida ha cambiado. Anda, tiembla, solloza, tonta infeliz.

Un café con leche, por favor. En vaso grande. ¿Tiene aspirina? Su vuelta, señora. Oh, perdón, no sé cómo tengo la cabeza. Es pronto todavía, el primer avión tiene la llegada a las cinco, hay tiempo. Todo tan inesperado y el reloj ante mí, con sus puntos y rayas negras sobre el mármol tostado, con las agujas de hierro negro. ¿Qué estará pasando ahora? O será una falsa alarma, tantas veces ha sido una falsa alarma. Ya tiene muchos años, pensábamos que llegaría a los cien. ¿A los cien años? Nadie en la familia ha llegado a los cien. Ni en la Academia, tampoco nadie ha llegado a los cien, que yo sepa. La aguja más corta no se mueve, la más larga avanza a pequeños saltos, tan despacio. Los minutos se me hacen horas, habrá que sentarse. Es bonito el friso de azulejos, este ángulo me lo sé ya de memoria. Es bonito el castillo de almenas recortadas: ocres, tierras, siena tostada. Carmín, añil y ultramar. En el castillo predominan los ocres, en el fondo los azulejos semejan un "puzzle": añil, verdeazul, verde-ocre, tonos fríos, calientes, entremezclados. La aguja larga tiembla, marca su sombra sobre el

mármol, sobre la sombra fina de las persianas, “Pasajeros de Iberia en vuelo...” la voz se ahoga en el run-rún, no hay quien entienda nada, me duele la cabeza. ¿Qué estará pasando ahora? Claro que alguna vez tenía que suceder. Pero es terrible, estará sufriendo. O no, quién lo sabe. La aguja grande sobrepasa a la pequeña, con un nuevo tirón estremecido. El sol a través del cristal me calienta la piel, pero los huesos los tengo fríos. Y la cabeza, me duele la cabeza. ¿No llega el avión? Y no es seguro que venga en éste, quizá no tenga billete en éste. ¡Ah, qué día! Se van las niñas de amarillo con su mamá y con sus cintas rosa. El sol se cubre ahora, y aparece de nuevo: cierro los ojos y veo en la oscuridad rojiza redondelitos verdes como fichas de parchís, qué curioso. Luego se vuelven pálidos, desaparecen. “Tres-seis-cuatro-ocho”, entre el ronroneo de las conversaciones no alcanzo a distinguir las palabras monocordes, “tres-seis -cuatro -ocho”, dice la voz femenina en castellano, añade algo en inglés, nadie hace caso, no se entiende nada, sigue el run-rún. Las hojas temblorosas del chopo plateado se dibujan en negro sobre la nube que ha vuelto a cubrir el sol. El ambiente es cálido, lo noto en la piel, pero el hilillo frío me recorre la médula de los huesos. Enfrente, el letrero sobre el cristal iluminado: ASEOS en negro, TOILETS en rojo. Bajo la esbelta copa negra, BAR. Los gritos de ese niño, los gritos agudos, sofocan la voz femenina del altavoz. Y el murmullo. La aguja avanza a saltos, sin descanso. Su sombra es ahora más débil. Es más tenue. Llegan pasajeros con aspecto mareado: parejas, hombres solos, más parejas, qué jóvenes, rodean la cinta de acero portamaletas. Un tubo de neón tiembla nerviosamente, los niños patinan sobre el mármol. Todos los niños patinan siempre sobre el mármol. Fines de semana floreados, maletines negros cuadrados, bolsas de plástico con una marca de cigarrillos.

Oh vieja casa, gruesos muros con su carga de panzudo adobe revocado, inclinados perceptiblemente sobre la calle silenciosa, alumbrada apenas por el desfallecido resplandor de alguna bombilla mortecina. Robusto portón, bronceados llamadores, un golpe sordo que retumba en la noche, y otro, hasta que tras un chasquido y el recrujir de los goznes un haz de luz se dibujó sobre la calzada lustrosa de lluvia. Yo junto a mi padre, encogida tras la maleta de cuero con los uniformes de colegiala ya dispuestos, dando el gran salto hacia mi incógnito nuevo mundo. Mareada del largo viaje, confusa, intranquila, medio dormida entre los besos de las tías que siempre consideré lejanas e irreales y

tu sonrisa acogedora, oh abuelo catedrático que escribías libros y a quien apenas había visto antes alguna vez. Yo que dejaba atrás un universo claro y poblado de voces infantiles, un cosmos rutilante y abigarrado de formas y de luces y ademanes solícitos. Aquel ambiente risueño que había revestido mis primeros años en gran parte desarraigados de la casa paterna, de aquella casa en la costa, inmersa en la atmósfera húmeda de polen que me oprimía el pecho y estiraba mis noches con la lenta agonía de la asfixia. Y ahora se me lanzaba de una vez para siempre fuera de las caletas festoneadas y de los atardeceres opalinos que nunca fueron míos, y fuera también de aquella serranía que me devolvió la salud y restableció mis fuerzas infantiles con su aire finísimo y sus horizontes sin límite. Y allí estaba por fin aquella noche, ante tu casa en la calle sombría, sin saber qué vientos me gobernarían en adelante. Temiendo sin conocerlas ciertas formalidades rígidas y costumbres adustas, recelando de ti y de aquel caserón viejo en la entraña de Castilla que engullía la soledad de mi infancia desarraigada. Pues había dejado atrás todos mis afectos incipientes, tan pequeña, infeliz y desvalida, lanzada de pronto en un escenario incógnito, trasplantada a un mundo tan distinto al mío. Tú y la ciudad, la casa y las tías, por más que desde un principio me apliqué a reconocer cada rincón y a husmear cada recoveco, y a observarte a ti y a tus actos, y todo lo que formaba parte de tu vida. Fui conociendo aquella casa y se me iban poco a poco haciendo familiares sus muros espesos y su color dorado, sus ventanos profundos, el gran portón y la puerta de la antigua cochera convertida ahora en refugio de gatos callejeros, de pequeños gatos blancos o negros, manchados o de pelaje leonado que ronroneaban en la penumbra estirando su silueta elástica. Y aquel tufo pertinaz trascendiendo de las carboneras a través de los restos encrespados de la tela metálica, que pendían en los vanos del sótano. El amplio portal con el zócalo de cerámica color caramelo, la puertecilla baja dando paso al laberinto de pasadizos angostos que nunca osaría recorrer hasta el fondo, sus tinieblas apenas desveladas por la aureola difusa de una pobrísima bombilla cuyo resplandor no alcanzaba más allá de la primera estancia donde empecé a guardar la bicicleta. Oscuros tapiales que, según alguien dijo, ostentaban inscripciones con fechas muy antiguas, y comunicando el portal con los entresuelos y la vivienda principal la escalera alfombrada que flanqueaban dos lustrosos pasamanos de madera recia. Los balcones y el gran mirador sobre la calle, el mirador central donde aquella sirvienta antigua que me acogió desde siempre con la misma áspera ternura con que cobijara durante muchos años a tus hijos, prematuramente huérfanos de madre.

Aquella buena Isabel, Isa para todos nosotros cuidaba las macetas de geranios rojos o de plantas verdes que nunca florecían. Conocí también la galería asentada sobre pilastras de madera, donde se enroscaban las hiedras formando un porche umbrío sobre el jardín, y la cuarteada tapia antes de ser saneada y recubierta de ladrillos nuevos. Poseí entonces mis dos higueras gemelas que entrelazaban sus follajes espesos y radiantes bajo la llovizna pertinaz de aquel primer otoño en que tardíamente te conocí, cuando tu vida ya declinaba. Aunque yo sé que fui afortunada y que viví tus tiempos más entrañables, ya que según las nebulosas noticias que de ti tenía, tus años de plenitud estuvieron de tal forma entregados al trabajo que poco tiempo pudiste dedicar a tu propia familia. Recluido siempre en tu despacho o consagrado a tus clases o a tu perenne búsqueda a través de los archivos, por lo que tus hijos recordaban tu presencia en su juventud con una mezcla de veneración y temeroso respeto. Mundo extraño aquel en que me vi inmersa, mundo de personas mayores, de gestos medidos y de graduadas penumbras, pasos sigilosos, horarios fijos y circunstancias repetidas. Mundo de cortinajes pesados y muelles alfombras, entre cuadros oscuros y libros amarillentos, y como una mágica frontera entre la casa y el jardín el muro revocado con su manto de hiedra siempre reverdeando sobre el huerto, bisbiseo del aire entre las hojas. Fueron transcurriendo así las horas y los días primeros que no alcanzo a resucitar en mi memoria, confundidos todos en las brumas del primer invierno. Llegó después la primavera luminosa y un deslumbrar de luces a través de las copas de los árboles. Los brotes jóvenes reventando por doquier, el ambiente saturado de perfume y humedad y la vida germinando en el seno de la tierra oscura. Reflejos cegadores, zumbido de insectos bullendo entre los tallos finos de los podados rosales, yemas tiernas que estallan en la punta de las ramas. La vida se desperezaba ante los infantiles ajos atónitos, y yo sorprendía las anémonas rompiendo su sueño invernal y admiraba las tempranas primulas salpicando los macizos de blancos azulados, anaranjados vivos y púrpuras ardientes. Y las delicadas azaleas de seda con sus colores suaves, dejadez decadente del iris entre los bordes recortadas del boj y del evónimo. Contemplaba nacer y desplegarse día a día las diminutas hojas verde-claro, y observaba los racimos apretados de pulgones verdes fundidos con el verde vegetal. Advertía cómo las guindas rosadas se tornaban rojas poco a poco, y en los macizos de terciopelo los pensamientos, bajo el cobijo maternal de la acacia gigante, desnudaban sus pétalos morados y amarillos. Después, con el calor del verano, las frutas en sazón; pesadez del sol cegando

sobre el recinto verde, y con las lluvias carmín en las hojas y el áster de otoño inundando de añil los espacios vacíos. Las ramas del membrillo con su carga dorada, y en las higueras de tronco suave entre los senderos umbrosos, los dulces higos agrietados.

LA SERRANÍA

-TÚ FUISTE AMIGO SUYO, ¿VERDAD, SIMÓN?

El viejo Simón entorna la vista, sus ojillos claros semejan dos hendeduras brillantes en la cara atezada.

-Sí, niña. Fui su amigo.

Muchos lo fueron. Su vida surgió de la serranía, como tantas otras, como un producto natural de la pobreza. Era muy joven Manuel cuando a través de la sierra, hosca y suave, acarreaba fardos de tocino salado a lomos de su caballería. Tan joven era entonces Manuel que más que joven era un niño. Cruzó torrenteras, surcó barrancales, atravesó vertientes abruptas, coronó aristas desnudas, avizorando siempre más allá de los despeñaderos y de la profundidad del precipicio, oteando siempre con sus claros ojos agudos sombreados de largas pestañas.

-Sí que lo fui -añade en un susurro.

Con los últimos jirones de la tarde, junto a los zaguanes surgen las historias; brotan mágicas, insinuantes, se enredan, se entremezclan, y se confunde lo fantástico con lo verdadero, los cuentos de viejas con relatos antiguos, olvidados.

-Cuéntame cómo era. Anda, Simón.

-Era menudo, y aún cuando se hizo hombre seguía siendo pequeño de talla. Trabajó muy duro, de sol a sol -dice Simón-. Entonces era un chaval y ya no tenía ni padre ni madre.

Simón se ha retrepado en su silla de anea, apoya los hombros cargados en el zócalo rojizo, junto al quicio de la puerta. La cabeza redonda, morena, se destaca sobre el blanco azulado de la fachada, sobre las gruesas costras de cal. El cabello casi rapado, como de plata: la frente bronceada surcada de pequeñas arrugas rectas, sobre las cejas hirsutas. Tiene las orejas grandes y despegadas; la nariz gruesa, de grandes ventanas oscuras, pilosas. Su pensamiento no vive el presente, sino un pasado lejano. Su espíritu salta sobre el tiempo y sobre el espacio, y su mirada se fija a lo lejos en un punto incierto.

-Yo por entonces lo conocí -los ojillos se dilatan por un momento, las facciones se animan-, más de una vez dormimos los dos al sereno, en mitá de la sierra -dice Simón.

En mitad de la sierra se acostó al aire libre bajo las estrellas, más de una vez; entre matas de retama florecida, aspirando el perfume espeso de la jara y de la corregüela. Y en invierno salvaba los ventisqueros, las gargantas donde zurriaban los aires, los pies hundidos en la nieve, conociendo cada boquete, cada quebrada o cortadura. Su camino se cruzaba, se unía a veces con el de aquellos contrabandistas intrépidos que, a finales del siglo diecinueve, merodeaban por la serranía; que recogían tabaco en Gibraltar, distribuyéndolo por toda Andalucía y jugándose la vida a cada paso por un miserable alijo. A través de la costa y de la tierra adentro, de pueblos y dehesas blancas como palomas posadas, de cortijos colgados en las laderas de tierras rojas o calizas, miserables casas, miserables gentes aisladas, gentes hoscas, primitivas como el paisaje mismo, semen de bandidos famosos o de asesinos solitarios. Y él andaba sus mismos caminos, acaso se acogía a su protección, portando el hatillo de chacinas caseras, de tiras de tocino, hacia La Línea de la Concepción.

El sol ha caído. Ya no es más que un rastro rojizo y desvaído detrás de las montañas, por encima de los tejados del pueblo que se desdibujan ya. Un velo transparente comienza a rodear todas las cosas, el anochecer acarrea un aire suave que alborota el cabello. Sobre las piedras redondas se arremolina un tenue polvillo blanco que se cuele en las casas.

-Anda, sigue. Sigue, Simón.

-A fuerza de recorrer leguas a través de las breñas pudo ahorrar, niña -añade. Entre los dedos nerviosos sujeta unos cabos de pita; con habilidad los retuerce entre ellos, los traba y distraídamente comienza a trenzar-. Y pasados los años montó el negocio de los embutidos. Luego quiso casarse con Victoria, y con ella se casó. Y empezaron a tener hijos.

Un gato cruza de un salto elástico. Ha surgido de una ventana baja y desaparece al instante, cruzando la calleja empedrada. Un burro peludo, atado a una reja, parece dormido de pie, soportando bajo las alforjas un cansancio de siglos. Una vieja sentada en el poyete encalado de un zaguán, masculla oraciones o recuerdos entre dos dientes medio desgajados de unas descarnadas encías.

-Cuando vino la guerra, Manuel era el amo del pueblo -Simón alisa la tomiza de cuatro que crece despacio entre los dedos largos. La sujeta entre las yemas endurecidas, teñidas de amarillo; luego la estira, enrollándola, y

prosigue-: del pueblo y de los alrededores. Se había comprado la mejor casa, la que tenía el escudo en piedra de don Miguel de Mañara.

-Eso ya lo sé. Y que tenía fincas, y un caballo alazán.

-Sí -evoca con nostalgia-, un caballo careto alazán.

-Eso ya lo sé.

-Además, había sido alcalde en la monarquía. Pero al medrar se ganó envidias negras -la voz se ha vuelto grave- , y su salud estaba picada.

Allí soplaban vientos torcidos, como en todas partes. Al socaire de la política, viejos rencores escondidos soltaban antiguas ligaduras. Las mujeres levantaban los puños crispados contra los muros de la casa grande.

-Él había medrado -termina Simón. Todo en él irradiaba una armonía que hacen los años, las penas contenidas y los aires abiertos. Es la imagen cercana de un legendario monje tibetano.

-Pero, ¿cómo era? -los dedos pequeños oprimen los suyos, se destacan sobre su piel oscura. Tiene las uñas largas y endurecidas y rasca distraídamente la pana del pantalón.

-Era un hombre cabal -añade después-, no mereció aquel fin -sus largas piernas se han recogido, se han cruzado una sobre otra. La bota alta, cerrada con cordones, bascula rítmicamente al extremo de un tobillo seco.

Suben y bajan algunas mocitas a través de las callejas, con paso elástico. Llevan sobre la cabeza erguida el gran peso del cántaro, o de la lata llena de agua hasta los bordes. En los ojos y en los ademanes dejan traslucir los rasgos de una raza antigua. Al pasar saludan:

-Buenas tardes.

-Buenas tardes -contesta Simón.

Del vacío densoscuro que rodea la noche de mi llegada surges tú fino, cenceño, anciano ya, envuelto en tu capa castellana con vueltas de terciopelo. Pañuelo blanco de seda al cuello, tu afable sonrisa y tu sereno contemplar. Tenías el pelo muy corto y cano y un pequeño bigote recortado; hablabas poco y suavemente. Nane, me llamaste desde un principio, Nanina. Recuerdo que tenía que besarte todas las mañanas al levantarme y todas las noches antes de irme a la cama, y no me costaba hacerlo. Tú lo hacías con un besar menudo y repetido que siempre me hizo gracia, y cuando atolondrada olvidaba el saludo sorprendía en tu mirada un jirón de tristeza, y me remordía entonces mi pequeña conciencia. Todo era silencio a tu alrededor, mesura; todo era penumbra en la vieja casa, a lo largo de los salones sobre el mullido de las

alfombras que sofocaba el ruido de pasos sobre la tarima crujiente. Yo te visitaba cada mañana en tu gran despacho, ya que abandonabas muy temprano tu dormitorio de alta cama de nogal rematada de piñas talladas, entre las dos mesillas de noche muy altas también, y en el balcón los visillos blancos moteados. Te encontraba allí con tu traje gris y el cuello tan blanco de la camisa, que la planchadora había almidonado en un piso muy alto de la calle de la Pasión. Tu tez cetrina, tus manos secas como ramas de árbol añoso o cepas doradas, todos tus gestos sobrios, medidos. Tu voz siempre en un tono moderado, aunque intento ahora recordar su timbre y no lo logro, pese a empeñarme en ello con un esfuerzo doloroso. Tendrías ante ti sobre la mesa camilla cuadrangular los periódicos del día, y la bandeja con el vaso mediado de leche y las cuatro galletas. Tu desayuno parco como todo lo tuyo, sólo el trabajo abundante. Isabel habría enchufado ya el brasero y yo te hallaba siempre desde mi llegada, desde el día aquel que se pierde, que se zambulle en una extraordinaria oscuridad iluminada de arañas antiguas. Y hoy saltas de la vida a la muerte como quien encuentra a una añorada amiga, y no puedo apretar tus manos ni escuchar el remanso de tu voz, ni ver tus ojos serenos en la antesala de la eternidad pacífica, tal vez sumergidos ya en la pacífica eternidad. Pero entonces la vida fluía sin quiebra. Tú quizá no recuerdes, o sí recordarás más allá de la luz que brilla en tus pupilas sin color al otro lado de la luz, las desazones que te di y también las alegrías, día a día durante años, durante tantos años, desde que llegué cuando niña azuzada por el asma y recorrí los largos pasillos de tu casa, pisando de puntillas las alfombras de los salones, del salón amarillo con el mirador a la calle, los cortinones y la tapicería color de oro, barrocas cornucopias y enorme espejo de marco dorado. Y el angelote de bronce sobre su pedestal, sosteniendo en alto un reloj que nunca conocí funcionando. El quinqué antiguo de esbelto pie, la consola con cubierta de mármol, la estatuilla en bronce del viejo leñador, y en la pared sobre el sofá tu retrato pintado por un famoso artista y tus placas de plata, y amarillentos títulos enmarcados de oscuro. Luego el salón azul con el piano de madera clara, y sobre él la efigie dulce de tu mujer, mi abuela a quien no conocí, su delicado rostro un poca irreal que tanto amaste, apagado casi en plena juventud, la cercana ausencia que te acompañó siempre. Sobre la superficie pulida del piano los candelabros de plata. Y la copa de oro de no sé qué juegos florales, la copa con escudos de esmaltes que vibraba suavemente al pulsar ciertas notas agudas provocando un gracioso tintineo. La lámpara de porcelana pendiendo del techo con sus florecillas de colores pálidos, el espejo veneciano

y las persianas entornadas sumiendo la estancia en una suave penumbra que yo atravesaba sigilosamente hasta alcanzar la centelleante galería. Todo el sol se concentraba allí por los cuatro costados, a través del cuadriculado de las cristalerías. Hasta en pleno invierno me acariciaba, me calentaba durante toda la tarde, hasta que en la anochecida el aire frío comenzaba a filtrarse por las rendijas y yo volvía tiritando junto a tu brasero con olor a faldillas de lana chamuscada. Otras veces con los ojos inundados de luz, ciega de tanto sol, inmersa en una oscuridad aterciopelada rojo-vivo-rojo-oscuro-rojo-blanco volvía sobre los salones en penumbra, sin ver, andando a tientas, trastabillando entre la sillería azul pálido del salón azul o la sillería amarillo-oro del salón amarillo, o la floreada del saloncito interior, donde un día de tu santo me di un atracón de pasteles mano a mano con Tina la doncella. El día aquel en que cumpliste los setenta años y la casa se llenó de gente, de bandejas de dulce y esbeltas copas de vino dorado. El saloncito con el ventano medio cegado por la hiedra que trepaba desde el jardín, y por donde en primavera se colaba el perfume de las flores sacudiéndome con una descarga de ternura. Aire cálido, aroma de fiesta, aquel día en que diste tu última lección y un alumno te leyó sus versos que aún recuerdo, uno de tus alumnos más queridos con quien apenas crucé das palabras. Luego, tú consumías tus horas en el gran despacho atestado de libros que se alineaban en doble fila sobre los estantes de madera lisa, combados bajo el peso de la sabiduría. Me mostrabas a veces el pequeño fichero en que anotabas desde siempre interesantes datos marginales hallados en tu sondeo por los archivos, lamentando que nunca serían utilizados, o te servías del escabel para alcanzar de los anaqueles más altos un libro dedicado por su autor, o un pequeño volumen ajado que habías sorprendido en las listas de raros y curiosos. O acaso te arrodillabas para manejar algún mamotreto en las tablas inferiores, mientras desde los brazos de los sillones te acechaban los ojos de marfil de extrañas bestias talladas, junto a la gran mesa de nogal, en medio de una diáfana opalescencia velazqueña.

-BUENAS TARDES.

Hay un perro que va y viene, y olisquea, con el rabo largo entre las piernas, flaco como si lo hubieran chupado las curianas.

-¡Ay, bendito Dios! -suspira la vieja. Se encoge entre sus ropas pardas, casi desaparece-. ¡Ay, bendito Dios!

Los objetos y las personas pierden poco a poco relieve y color. Las sombras son inquietas, huidizas, una ráfaga de esquilas se acerca o aleja por

momentos, los ruidos del campo se tornan agudos o inquietantes. Se oyen gritos lejanos, extraños susurros que estremecen.

-Anda, Simón -insisto-. Sigue.

-¿Qué quieres que te cuente? -la larga cuerda roza el suelo, con su hábil retorcido, como una rígida serpiente inmóvil. Sobre el anular luce blanquecino el brillo de una tumbaga-. Fue entonces cuando se lo llevaron, cuando aquel hombre de su propia familia se lo llevó.

Cuando fueron a buscarlo, cuando fue Caín a buscarlo, estaba encamado en el hospital del pueblo grande. Lo sacaron de la cama y se lo llevaron.

-Lo habrán llevado a Madrid, estará en Madrid con otros compañeros de hospital -decía su esposa, Victoria.

-Padre -había dicho aquel día-, quiero confesar. Ha venido él a buscarme y me barrunto que no volveré.

-Y así fue -afirma Simón-. No lo vieron más.

Y agacha la cabeza, hunde la barbilla en el pecho, agobiado bajo un gran peso que acentúa la curva de su espalda.

Sigue el perro olisqueando las piedras redondas, las patas torneadas de las sillas, como un fantasma con sus ojos encendidos de animal enfermo.

-Pero, ¿por qué? -los ojos se me estiran, ansiosos-. ¿Qué fue lo que pasó?

-La vida, niña -murmura Simón. Los dedos diestros anudan, rematan cuidadosamente el trenzado. Simón ha sacado de un bolsillo interior una navaja pequeña, la abre y con gesto pausado recorta cuidadosamente los hilos sobrantes-. No se supo de él en mucho tiempo. Luego, uno del pueblo declaró lo que antes no había dicho por miedo:

-Yo vi cómo lo quemaban en la sierra -confesó-. Y lo quemaron vivo.

Simón guarda la soguilla ovillada, y explora a tientas el chaleco de donde extrae el librito de papel, después la petaca de cuero renegrido, le tiembla la mano mientras murmura: -Y lo quemaron vivo.- Vuelca una porción de tabaco en el cuenco encallecido, tantea nuevamente el bolsillo donde nerviosamente introduce la petaca y el papel.

Entre el rebusco de ropas negras surge un gemido sordo:

-¡Ay, bendito Dios!

-Cazábamos en la sierra las alimañas y los gatos monteses -rememora Simón. Ha sacado el chisquero, con un movimiento enérgico lo atiza, surgen chispas. Arde la mecha amarilla, una llama larga le ilumina la cara bajo la mano que utiliza de pantalla. Dando profundas chupadas enciende el cigarro, que

reluce un momento como un ascua.

-¿Y lo quemaron vivo?

Se ha encendido la farola de la plaza, lucen cuadradas las ventanas del Ayuntamiento. Las sombras inundan los rincones, los zaguanes, las grietas entre las losas desgastadas. El borde dentado del Hacho se recorta apenas sobre el cielo que se ha vuelto negro.

-Se comprobaron en el lugar restos carbonizados, se supo que aquel hombre había dicho la verdad -dice Simón.

Su mujer no quiso denunciar al culpable que, por otra parte, había huido; pero sus cabellos se tornaron blancos en pocos meses.

-Si vuelve, juro que lo mato -había dicho su hijo mayor.

Después las aguas volvieron a sus cauces, pero Victoria no quiso volver al pueblo, tras haber visto a las mujeres de los puños crispados.

Se ha estirado Simón en su silla, sus piernas parecen aún más flacas. El humo garabatea, surgiendo a golpes de las oscuras ventanas de su nariz. Se le sumen las mejillas a intervalos, sus ojos se cierran como en una profunda meditación, y añade:

-No mereció aquel fin.

Las cosas ya no tienen relieve, las personas son bultos movedizos; a través de las ventanas bajas, luces vacilantes traspasan la trama de las cortinillas. Se apagan los murmullos, se adormecen los relatos de las viejas, los cuentos de fantasmas y aparecidos, de amores incestuosos.

Simón tiene los ojos semicerrados, evoca todavía. Entre el cuello abierto de la camisa a rayas finas, los tendones tirantes, oscuros, como moldeados en bronce. Y arriba la línea de las grandes orejas, el mentón erizado de pelillos canos que brillan a la luz de la farola solitaria. El cigarro pende, apagado, adherido al labio grueso.

-Oye, Simón.

-¿Qué quieres?

-Me han dicho que puedo volverme muchacho si orino en la punta del arco iris. ¿Eso es verdad?

-Pué ser -sonríe-, haz la prueba.

Ya no hay perro, ni vieja, ni burro peludo. Todos se han esfumado sin saber cómo. No hay más que el airecillo que se ha vuelto frío, y el olor a guisos que surge de las ventanas bajas, entreabiertas. Me levanto y me voy.

-Me voy -digo-, hasta mañana.

Condiós -dice Simón- Mañana te tengo que medir. Creo que has dao un

estirón desde la última vez.

Nada truncaba entonces la pacífica vida de la ciudad castellana. Apenas rodaban automóviles sobre el adoquinado, los ciclistas no andaban condicionados por direcciones prohibidas ni semáforos o pasos de peatones. La gente divagaba sin prisa y yo me paseaba en bicicleta la plaza del Museo, reviraba después hacia la Universidad y su recinto flanqueado de leones encaramados en columnas de piedra. Enfilaba a veces hacia la Antigua, la bella iglesia de torre románica ante la cual una vez me partí el alma contra el enlosado, ante la mirada atónita de la fresquera que empujaba la carretilla atiborrada de cajas llenas de pescado brillante. Luego la mujer reanudaría su carrera batiendo el silencio de la media mañana con su voz desgarrada en un repetido pregón. Se cruzaba con el trapero que también voceaba todos los días a la misma hora, rasgando las mañanas grises de invierno a punto de estallar en nieve, o las de verano estallando de sol, con su boina descolorida y el penco tirando a duras penas del carrillo crujiente: "Lanero pellejero, se compran trapos viejos, lanas viejas, jergones de hierro, pieles de conejo". El carro del piñero pasaba tirado por un penco, reventando de piñas que se salían a través de los agujeros de la red remendada con cuerdas, rodaban por el suelo y el hombre las recogía. Cuando el eco de su pregón se esfumaba entre las callejas, surgían otro y otro: "Buena miel de la Alcarria, mielero, buena miel". Luego, por no ser menos, el cartero gritaba también la correspondencia desde el portal, se abrían las puertas y las vecinas bajaban corriendo envueltas en sus batas mañaneras, y la cabeza plagada de bigudís; o descolgaban por el hueco de la escalera un cestillo atado con una cuerda, donde el cartero depositaba el correo que ascendía vertiginosamente. Y así todo el mundo sabía si Fulanita recibía carta del novio o si no la recibía, y el cartero marchaba calle adelante de portal en portal, con el saco de noticias cada vez más engurruido y sus voces cada vez más afónicas, hasta perderse garabateando en las esquinas. Yo arrumbaba entonces la bicicleta junto a los montones de carbón y me iba a buscar a las hijas del frutero, que me regalaban castañas y me prestaban libros maravillosos: Genoveva de Brabante, Rosa de Tanenburgo, románticas historias ilustradas con grabados antiguos, damas lánguidas de largos cabellos y galanes de finas manos. Relatos que devoraba subida en lo alto de la higuera, mientras la chiquillería jugaba libremente por las calles y plazoletas sin peligro. Se formaban corrillos de niñas a jugar a los alfileres, que ostentaban sus cabezas de colores entre la tierra del montón,

cuando la piedra lanzada por la pequeña mano diestramente los desenterraba. O a las tabas de cordero que se tiñeron cociéndolas en el agua con cintas de diverso color. El címbalo de la catedral sonaba monorrítmico llamando a los canónigos a coro, y haciéndome saber que llegaría tarde al colegio si no me apresuraba. Los niños de un colegio vecino, muy seriecitos y en filas de a dos, se dirigían al Santuario Nacional con sus bonitos uniformes azul marino y blanco, con escudos dorados en la manga del chaquetón y sus cabecitas rizosas. En la plaza del Museo el árbol del amor florecía con matices de rosicler y malva, los estudiantes guardaban su flor como un talismán y yo corría desalada las calles bordeando el viejo mercado, sorteando los puestos que obstruían las aceras y donde se vendía de todo: acerolas coloradas y ajos, los mejores limones hermosos, y el hombre de las chucherías se limpiaba los mocos a dedos y removía con las manos las chufas infladas de agua en el lebrillo de loza. A mediodía el charlatán en pleno centro de la calle, con aspecto sórdido y voz cascada, repetía la misma cantinela. Mostraba unas cajitas redondas llenas de pastillas de legítimo eucalipto y las repartía entre el auditorio, jurando que con aquello no había pulmonía que valiese. Entre pastilla y pastilla vendía plumas estilográficas, lapiceros y lotes de cuchillas de afeitar. Lo acompañaba una mujer enlutada y morena con un cansancio infinito en los ojos, siempre sentada en una silla en medio del corro de gente. "Dime de qué color es la corbata de éste caballero", le preguntaba él. Se cubría los ojos con un pañuelo negro pero siempre acertaba con fatiga, contestaba atinadamente no sé por qué truco o convenio con su compañero, y en una ocasión lo vi golpearla por haberse equivocado. "Dime cuántas damas te contemplan en primera fila". Los cabellos de la mujer lucían con un brillo grasiento y azulado, oprimidos por la banda negruzca. "Déjame ya, por favor", musitaba, y el hombre arrancaba la venda de un brusco tirón. "No uno, ni dos, ni tres, ni cinco, sino seis lapiceros serán suyos gratuitamente si usted adquiere esta estilográfica último modelo por un módico precio". Con todo se me pasaba el tiempo sin sentir, ya eran casi las dos y salía corriendo para no llegar tarde a casa donde Isabel daría los últimos toques a la comida, evitando la calleja donde los chicos al salir de la escuela se ponían a orinar al borde de las dos aceras hacia el centro de la calzada, entrecruzándose los chorros con la seriedad de un ritual. Por ello, no sólo yo evitaba el pasar sino también el mirar hacia allá. Tú consultarías ya el reloj de bolsillo, cotejarías la hora con la del reloj de la mesa del despacho de donde se desgajarían entonces dos trémulas campanadas cristalinas, y después con el de pared del comedor confinado en

su caja alfonsina de vidrio y madera. Comprobarías entonces su ineluctable retraso de cinco minutos diarios, lo enmendarías subido en una silla adelantando un poco el minuterero, y aprovecharías para dar cuerda introduciendo la llave en el orificio correspondiente. Yo señalaba a través del balcón, donde se enredaban los zarcillos retorcidos de la añosa parra: "Mira qué bonitas rosas". "Si que son bonitas, Nane, si que lo son". Luego, sentados a la recia mesa cubierta con el mantel a cuadros te interesabas por mis pequeñas cosas, tú a la cabecera, yo frente al espejo con marco isabelino que presidía la estancia desde la chimenea, donde yo me miraba de reojo y veía relucir las bandejas y los juegos de plata. Isabel iba y venía sirviendo las croquetas tiernas o las doradas frituras de huevo, y sobre la mesa el pisto jugoso o la blanca merluza cocida rociada de aceite y limón que apenas probabas, aquejado de aquella inapetencia que nunca te permitió disfrutar de una buena comida. Quizá gracias a ello pasaron tantos años sobre ti sin abatirte, pese a los pronósticos de aquellos primeros discípulos que te auguraban poca vida allá por los albores del siglo, y todo a causa de tu desmedrado aspecto.

EN VERANO LA CASA GRANDE SE MANTENÍA SIEMPRE EN PENUMBRA, sus ventanas entornadas para evitar que a través de ellas penetrasen el calor del mediodía y las moscas que inundaban zumbantes y torpes las cuadras y los cebaderos del pueblo.

Por las mañanas triscábamos por las calles y por el campo. Era el momento de husmear en el viejo alambique las estancias con los caballos nerviosos, que pateaban y sacudían con las crines las moscas azules; y de perseguir a los pavos reales, iridiscentes al sol, que escapaban desalados gritando, dejando atrás plumas tornasoladas y deshojando a su paso las rosas de pitiminí. Desde el pretil oteábamos el horizonte inmenso, el valle con sus tonos pastel, y los cortijos y dehesas en la lejanía.

Bajábamos a la huerta, a través de callejuelas zigzagueantes pavimentadas de piedras redondas donde soltaban chispas las caballerías. El pueblo estaba prendido en la ladera de un picacho agreste, el aire era fino en la sierra, la atmósfera clarísima, y en el valle se mezclaban suaves tonos amarillos y malvas, salpicados de manchas blancas de jaras en flor.

Al pasar me miraban las viejas, sentadas en el escalón del zaguán, las manos perdidas entre las faldas negro-pardas, junto al zócalo granate de almagra.

-Es nieta de Victoria.
-Niña, ¿eres nieta de Victoria?
-Sí.
-¿De quién eres tú?
-De Anita.
-¿Anita es la del médico?
-Sí.

Y otras veces:

-Niña, ¿tú cómo te llamas?
Yo decía mí nombre.
-Ohú qué nombre tan raro, puñema.

Yo me escapaba trotando, y allí se quedaban las viejas mascando no sé qué con sus bocas sumidas sin dientes.

Mi nombre se debía a un capricho mitológico de un abuelo catedrático. En la iglesia no habían puesto pegas, llevaba otro cristiano.

-Y alguna tiene que ser la primera -había dicho el cura.

(Por dejar atrás tendría que dejar hasta el nombre. Luego me llamarían por el otro, por una parte resultaba un alivio. Nadie pronunciaba bien el primero, y me costaba dar mil explicaciones:

-Quiere decir Laurel. Fue una que se convirtió en laurel cuando Apolo la perseguía.)

Ya en la huerta nos mojábamos las manos en el arroyo bordeado de adelfas rosadas, escarbábamos en los chinos del fondo, nos adornábamos con la flor de la malva. Pelábamos los pequeños panecitos y nos los comíamos.

-Son adormideras.

-¡Ahhh!...

Comíamos hinojos que saben a anís, y hacíamos ramos con sus flores menudas y amarillas, y con las amapolas rojas que se deshojaban, con las campanillas azules y las multicolores bocas de dragón.

-Mira cómo abren y cierran la boca.

-Se llaman conejitos.

-No, que se llaman bocas de dragón.

-¡Ahhh!...

Luego nos dejábamos caer por las vertientes cuajadas de chaparros y de brezos, nos arañábamos las piernas entre la maleza donde azuleaban los cardos entre el aroma de la tierra caliente.

-Vámonos ya.

-Es pronto.

-Va a ser hora de almorzar. -¿Subimos al castillo?

-Venga.

De vuelta al pueblo pasábamos junto a los cebaderos donde se revolcaban los cochinos y sus crías con sordos gruñidos; cerca del grupo escolar con los tejados rojos y las maderas pintadas de verde, junto al portón trasero de la casa grande y los postigos oscuros del alambique. Y nos acompañaba siempre el chasquido de los cascotes y el rasgar de los resbalones contra las piedras mondas, el paso cansino de las bestias remontando las callejuelas. Y al pasar por la plaza:

-Adiós, Coralia. ¿Te vienes al castillo con nosotras?

-Bueno.

Al subir hallábamos las mismas personas de siempre, sentadas a la sombra de los zaguanes: el viejo curandero de huesos, la niña de ojos negros que se quemó las piernas volcándose el cacharro del café. Y los niños con las velas de mocos, mirándonos pasar:

-Adiós, pava.

-Adiós, cateto.

-Ay qué risa, Marialuisa.

-Calla, zarrapastroso.

Trepábamos callo arriba, por los lugares más empinados, y a mitad de camino nos dejábamos caer sentados, chorrando sobre las lajas pulidas. Y volvíamos a trepar hasta dominar el pueblo, la distorsionada geometría de los tejados derramados en la ladera.

-¡Dame la mano!

-¡Anda, cagueta!

-¡Dame la mano!

-Anda, ven.

Alcanzando por fin el castillo que no era tal castillo, sino un berrocal de peñas puntiagudas, verticales.

Desde la cima y hacia la vertiente contraria, una caída pedregosa unía la cúspide con el valle. Las piedras menudas se desprendían bajo los pies, rodando hasta el fondo del desfiladero. Delante se extendía el macizo rocoso que llamábamos la Sierra, que pertenecía a la abuela Victoria y llegaba hasta Benaoján. Era una finca inmensa y agreste, pegujales entre peñas donde pastaba el ganado. Más allá la carretera de la estación, y yo recordaba el día aquel en que descargó la tormenta, en que las montañas temblaban por el

tableteo de los truenos, cuando las caballerías se desbocaron huyendo por las trochas; y el aguacero se desató calándonos hasta los huesos.

Desde la altura bajábamos al pueblo, saltando de peña en peña a todo correr.

-¡Corre, Camilo, corre! ¡Salta, Rafael!

Ante nosotros se desplegaban los tejados, las pequeñas azoteas, y más abajo el cementerio en un suave declive. Dentro de las tapias blancas, frente al bosquecillo de encinas, el sencillo panteón con cubierta verde que había mandado construir el abuelo Manuel. Y erguido al fondo, enmarcado por los amplios horizontes, el pico de Tabizna de paredes verticales.

-¿Vamos un día a la fuente Tabizna?

-¡A la fuente Tabizna!

-¿Es que tenéis miedo?

-No...

La fuente Tabizna derrama sus aguas en el boquete tenebroso del pantano. Cae hacia el otro lado, lejos del pueblo, sobre la profunda cortadura donde sólo las cabras ponen el pie. Sólo pensar en ella se erizan los vellos como si hiciera frío.

El sol reverberando en las paredes blancas, en las aristas de las rocas, en las hojas plateadas de los olivos. Las calles se quedaban desiertas, las chicharras cantaban entre las matas de aligustres, algún chivito suelto aquí y allá olisqueaba las piedras, la madre paseaba su tintineo entre las peñas, mordisqueando los matojos.

Descendíamos entonces entre muros encalados, entre manos de cal, que tras cubrir las casas cubren también las rocas que les sirven de cimientos; y hacia arriba desbordan el alero, blanqueando el borde del tejado. Sujetos a las fachadas con aros de hierro, los geranios rosados, blancos y rojos desparramándose desde las latas pintadas de color.

-Yo me voy a mi casa.

-Yo también me voy.

-Pues, ¿qué hora es?

-Las que no han dado están al caer.

En la montaña había grietas negras, sin fondo, que los niños saltábamos jugando, de orilla a orilla.

Y en los asientos fuman, fuman. Hay cigarrillos en el cenicero de cristal: casi enteros, mediados, consumidos. La sombra de la aguja larga

vuelve a ser nítida y tiembla también, avanza. ¿Qué harán los niños? Estaban aturcidos, los pobres. Este aire frío que corre bajo los asientos y me alcanza los pies. Me duele el cuerpo ya de estar sentada. Al cambiar de posición, el friso-puzzle se alarga. Con catedrales, torrecillas y hasta molinos de viento, todo sobre el fondo laberíntico de polígonos cuarteados: añil, más añil, verdeazul, verde-ocre, surcados por las venillas blancas de cemento. La aguja avanza, sigue temblando, su sombra se le ha despegado, todavía no es la hora. No es tan fácil encontrar pasaje, no es fácil. Y todavía... Las sombras de las persianas, más largas y más finas ya. El sol se ha descubierto y baja de las ramas del chopo plateado, me envuelve una nube de olor a tabaco. Enfrente, un hombre tiene las piernas abiertas y el vientre redondo desbordando el pantalón. Apura el cigarro y lanza el humo con fuerza. Un negro muy negro, y una blanca muy blanca con pelos lacios y minifalda de rayas multicolores... y la madre mulata tan morena, con su hijita, más morena. ¿Qué estarán haciendo ahora? Los habrán sacado a pasear, seguramente. La niña es flaquita y lleva pantalones vaqueros. Masca chicle y alarga la boquita abultada formando una pompa gorda y rosa, chác. En los bracitos menudos, calcomanías de colores eléctricos: fresa eléctrico, amarillo eléctrico, rosa eléctrico. Los dientes blanquísimos y la lengua del color del chicle, chác. Qué lentitud. ¿Llegaremos? No sé si llegaremos, quizá todavía. El chicle huele a fresa. El mozo de marrón con gorro azul arrastra su carrito. Varias cajas de cartón: Ron Bacardí. La madre mulata se ha sentado con sus pantalones ajustados, rojos, y sus zapatos de charol negro con tirillas, con alto tacón. Tiene los ojos negrísimos y sombreados, los dedos finos color bronce, uñas rosadas, y el blusón blanco le ciñe las caderas. El hombre ha encendido un nuevo cigarrillo, y de nuevo me molesta con el humo. Un pitido agudo anula el murmullo, y un ala blanca da una pasada ante los ventanales corridos. Voy a tener que cambiar de sitio, parece que atrajera el humo. El sol, a través de la ventana, atraviesa ya el friso-puzzle y las sombras que proyectan las persianas son cada vez más largas y finas. Otra nueva avalancha de viajeros: de nuevo el corro ante las maletas, monjas, besos, zapatos rojos, marrones y negros, paracaidistas y una señora con una pechera descomunal. Fuma el paracaidista y se atusa la gorra ladeada, con un ave bordada en plata y un paracaídas en oro. Es muy joven y tiene botones dorados sobre el traje caqui, y doradas insignias sobre las

hombreras negras.

-CUÉNTAME LO DEL CUADRO DE LAS VIEJAS.

-Tiene detrás un retrato del rey.

El patio florido, encajonado entre paredes blancas. Arriba, ni una nube rompe el azul claro del cielo. Aquí y allá esparcidos los sillones de mimbre y las sillas sevillanas, pintadas de colores. Tras los bordes dentados de ladrillos, los arriates rezuman humedad. Ruidos domésticos rompen de cuando en cuando el silencio del mediodía soleado.

-¿Quién era ese rey?

-Era un retrato que tenía el abuelo en su despacho.

-¿Y por qué pintaste encima a las viejas?

-En la República prohibieron los retratos del rey.

Sentada a la sombra, mi tía está pintando sobre una mesa baja. Ha colocado a un lado los pinceles y el estuche con las pinturas, y también unos trapos manchados de color, y la espátula y un cacharrito de metal lleno de aguarrás amarillento.

-¿Por eso las pintaste encima?

-Sí, porque el abuelo no quiso deshacerse de él.

(Entonces el cuadro de las viejas, que conocí siempre colgado en la penumbra de la escalera, cobraba a mis ojos relieves desconocidos. Tras las dos viejecitas que andaban el camino coronadas de nieve, rodeadas de nieve, envueltas en los mantones negros, bajo un cielo rojizo, estaba el retrato del rey.)

- ¡Adiós! -exclama ella de pronto. El aguarrás se ha derramado, marcando un corro oscuro sobre la mesa-. Vaya por Dios.

No sé coser con dedal. Apoyo la aguja en la yema del dedo y aprieto; la presión sobre la tela hace que el envés me taladre la piel.

-Se me ha clavado la aguja.

-Ya te lo dije: costurera sin dedal cose poco y lo hace mal. - Sobre el lienzo ha trazado un esbozo donde se distinguen los grises de las piedras entre espacios blanquecinos. El olor del aguarrás se mezcla en oleadas con el perfume de las clavellinas.

En mis manos pequeñas van brotando a trompicones las flores a punto de cruz, sobre el trapo de panamá color crudo. Los hilos están sucios, y ni los amarillos son amarillos, sino pardos, y los azules se han vuelto verdosos, y los rosas azulados.

-Está sucio -reconozco con desánimo.

-Bueno, ya se lavará y se planchará cuando esté terminado -me consuela mi tía. Pinta de memoria, las formas y colores van surgiendo mágicos, al paso del pincel. Son matices brillantes, atrevidos, mezclados sin malicia, sin técnica pero con gran riqueza. Va apareciendo el camino pedregoso, y al borde del camino destacan las manchas rosadas de los árboles en flor. A ambos lados el carboncillo señala los contornos de las rocas, vacíos todavía.

-Porras -mascullo-, porras. -La aguja se desenhebra, chupo y rechupo el hilo, intento colarlo por el agujero diminuto.

-No chupes tanto el hilo; y no hagas los nudos tan gordos -me aconseja mi tía. La ermita, en esbozo, es una mancha blanca con cubierta bermeja. A través del cielo asoma la trama del lienzo, entre chafarrinones azules y blancos. Sujeta en la mano izquierda junto a la paleta los pinceles gruesos, medianos y finos con los que cubre superficies extensas o perfila los bordes de las piedras.

-Ya está.- Las manos me sudan, he logrado por fin enhebrar la aguja. Muy poco a poco, sobre el trapo renegrido van tomando forma las flores rojas y azules, las hojitas verdes escalonadas.

-Mira el revés, que te quede por igual.- A ojos vistas la vida va inundando los huecos vacíos, el color se apodera del paisaje. Es curiosa la técnica que usa para pintar sus rocas, las rocas que conoce de memoria. Son exactas a las naturales, y las consigue con pocos trazos de grises, violetas y blancos. Surgen verticales, lisas, coronadas de vetas blancas de caliza desnuda. Se superponen unas a otras, brillantes unas, otras sombrías, entre ellas se entrevén las grietas oscuras.

El revés no queda por igual, los hilos se entrecruzan sin orden ni concierto. Algún hilo cuelga, enredado.

-No queda muy bien por el revés.

-Ten cuidado.- Ella parece contemplar el paisaje en su interior, copiar de algún modelo que lleva en la mente, cambia de pincel, moja la punta en el aguarrás que se tiñe de tonalidades diversas, se convierte luego en un líquido espeso, pardusco, de un tono indefinido; mezcla la pasta sobre la paleta, los trapos arrugados se animan de colores vivos, la espátula raspa, extiende, alisa, corta.

Yo sigo combinando mis propios colores sobre la tela: tres puntos en rojo, tres puntos en rosa, dos en celeste. Seis puntos en verde. Cuento los hilos, consulto en el cuadernillo apaisado el modelo, cuento de nuevo, comparo:

-¡Vaya, me pasé! -Desenhebro la aguja, tiro del hilo largo, largo.

-Parece la hebra de María Moco -sonríe mi tía. Tiene un perfil nacarado, expresivo; tiene las pestañas largas, el pelo castaño ondulado, y recogido sobre la nuca en un moño alto. Tiene la risa fácil, y al sonreír se le marcan hoyos en las mejillas, fulguran los ojos oscuros; sus cejas son finas, bien dibujadas, las manos finas también.

-Ya no coso más -le digo. Observo su vestido de luto, que contrasta con la policromía de los arriates en flor. Más allá, al muro blanco le pesan las costras de cal.

Y aquel duro de los domingos por la tarde que me permitía sacar entrada para el cine y atracarme de chucherías: barras de zara o de caramelo de colores entremezclados en espiral, envueltos en papel celofán que se quedaba pegado y luego se despegaba chupando, a los acordes de la rapsodia húngara, el único disco que atronaba en los descansos entre películas arruinadas de Shirley Temple o de la Pandilla cortándose a cada paso: "Cuadro, cuadro". Al final, otra vez la rapsodia y a la calle. En cambio, los carruseles traían todos los años en ferias las últimas canciones de moda: "La caravana con sus cantos y risas, la ruta sigue sin sentir su dolor". Aunque las ferias de septiembre se mojaban todos los años, la gente meneaba el solomillo alrededor de la fuente del Cisne, visitaba en la jaula redonda a los faisanes y las gallinas de Guinea, o tiraba miguitas de pan a las palomas que vivían en casetas de madera trabadas a las copas de los árboles del parque. Los cabezudos a la puerta del ayuntamiento y por las calles el Tragaldabas, monstruo de cartón-piedra comedor de críos, y el chaval primerizo corriéndose a manotazos las velas de mocos sobre las mejillas atezadas de melocotón dorado, "Jolines, madre, si le salen los chiguitos por el culo", duras y amoratadas de tan rojas. Frente al convento de las Lauras donde según la tradición se venera la Sábana Santa, la feria del sudario el lunes, martes y miércoles de Pascua con los puestos de aceitunas gordas revueltas con polvo, cortezas de tocino retorcidas y doradas, y piringüingüis, caracolillos negros que se comen con la ayuda de un alfiler. Y cacharritos de barro tosco: botijos, floreros, huchas, porrones diminutos con olor a pintura mala, colores violentos que se quedaban pegados a los dedos por el sudor. Estaban también la feria del Carmen extramuros junto a las tapias del cementerio, y la del barrio de san Juan, y cada barrio tenía la suya pacíficamente bullanguera, con olor a ovejas y a cocina de pajas. Algunos domingos soleados mi amiga Mari Angeles y yo salíamos de excursión hasta

el alto de san Isidro. En el mes de mayo se celebraba allí el concurso de arada y aquello era un bullir de mozos y mozas, viejos y chiquillos que acudían de los pueblos ataviados con los brillantes trajes típicos, envueltos en un tufillo de naftalina. ¿Quién hará más rectos los surcos del arado? Y entre rosquilla ciega y bartolillo, nuestros juegos de siempre. A mi amiga y a mí nos unía la misma nostalgia: lo de ella se llamaba morriña porque enraizaba en Pontevedra. Ella me suministraba los gusanos de seda; era una experta criándolos con hojas de morera en una caja de zapatos con agujeros, los acariciaba y a veces los partía por la mitad a ver de qué color eran por dentro. Y lo que tenían era un puré verdusco que se les derramaba al apretar. “Qué asco, hija, cómo eres, aj”. Lo bien que salía en las fotografías, y las fotos tan bonitas que tenía pegadas en los álbumes y en las paredes de su cuarto, cielos y mares de Galicia. Nos veías pasar como exhalaciones hacia el jardín bajando de dos en dos los escalones de ladrillo: “Al año que viene me quedo en Galicia”. “Y yo en Andalucía”. Pero al año siguiente seguíamos criando gusanos en cajas de zapatos con agujeros. “Qué pequeñines son”. “Ya crecerán”. “Este se va a morir, está canijo, mira los otros ya qué gordos”. “Este va a hacer capullo, porque no come y está como atontado”. Empezaba a trepar por las paredes de la caja oteando con la cabecita y como olisqueando, soltando babas como hilillos. “Límpiale las cagadas, no se enreden en la seda”. Y una mañana amanecía encogido, envuelto en una red transparente cada vez más espesa. “Mira este capullo, no es amarillo, sino blanco”. Los otros ya babeaban también, olisqueando. “Ya no comen ni cagan bolitas negras, cada uno en un rincón”. Deponían en cambio una plastita verdeoscura blanducha, que se quedaba pegada al cartón formándose alrededor un diminuto corro humedecido. “De las mariposas, ni me hables. Puaf, tan gordas y tan torparronas, y como de terciopelo. No las quiero ni ver”, soltando ristras de huevillos grisáceos o amarillentos y ensuciando toda la caja. En primavera las horas se me pasaban sin sentir escarbando la tierra, plantando ramas y cogiendo rosas. A veces al remover con la azadilla surgían largas lombrices anaranjadas, más abultadas en su parte central. Y yo me apresuraba a echarles tierra encima, porque me daban un asco de muerte.

TRAS LAS BOLAS AZULES, ROSADAS, VIOLETA DE LAS HORTENSIAS, algunas gotas blancas rompen el verde liso de las aspidistras. Ha entrado Josefita, con su cubo de cal.

-Ohú, qué calinga.- Arrastra una caña larga, que lleva a su extremo la

brocha sujeta con una guita.

-Sí que hace calor -contesta mi tía. Se han cubierto los huecos sobre el lienzo, en el añil del cielo las nubes blancas trazan chafarrinones alargados.

Me he levantado, he corrido la silla. En los muslos tengo marcadas las huellas de la anea, que pican, y me rasco.

-¿Pica, niña? -Arrima el cubo con un chirrido Josefita, apoya la caña larga sobre la pared a medio blanquear, se limpia el sudor de la frente arrugada con el envés de la mano.

-Sí que pica. -Me acerco a la bomba de rueda anaranjada que sirve para sacar agua del pozo, le doy impulso con la manecilla. Me gusta dar vueltas a la rueda. Al principio cuesta, pero luego casi voltea sola.

-¿Tú no habrás visto el tapito de untá el pitolio? -pregunta Josefita. Sobre la ropa negra, sobre el pañuelo descolorido que le cubre la cabeza, sobre la tez endurecida y cubierta de finas arrugas, goterones blancos de cal.

-Yo no lo he visto -respondo. Los arriates rezuman humedad, aroma y color. Ella introduce la brocha en el cubo, y sujetando la caña con las manos curtidas remueve la pasta lechosa.

Me inclino sobre el brocal del pozo: el hueco es profundo y negro, y al fondo tiembla la superficie bruñida, rota por la luz.

-Cuidado con el pozo -me indica mi tía, mientras sobre el lienzo perfila las rocas que se apiñan en grupos, como agazapadas unas contra otras.

-Ya tengo cuidado. -Coloco la tapadera metálica, que suena con un tañido hueco cegando el agujero redondo. Al pasar junto a la mesa reparo en la pintura, en el camino pedregoso que zigzaguea, y me detengo a contemplar el cuadro.

-Es la ermita.

-Ya lo sé.

-¿Te gusta?

-Me gusta mucho.- Sobre una silla está la labor, arrugada. Recojo los hilos, y el trapo, y lo doblo con esmero.

-Anda y dile a Amelia que vaya poniendo la mesa -me dice mi tía-. Pero no te estés.

-Bueno, voy.- Reparo también en el respaldo de maderas torneadas, esmaltadas de colorines sobre fondo azul, con filetes rojos, bolitas amarillas y guindas rojas. En el centro un pequeño paisaje con su casita blanca y su ciprés en miniatura, y una verja diminuta. Me gustan las pinturas de las sillas, son muy alegres y divertidas, y tan suaves al tacto.

Sobre el muro enjalbegado, que azulea de tan blanco, la brocha cargada de líquido espeso va marcando sus trazos húmedos. Josefita me mira un momento, atentamente:

-Niña, un día de estos te voy a abrir las orejas.- Manipula la caña, voltea la brocha, muestra al sonreír las encías desdentadas.

-¡Uy, si no quiere mi padre! Dice que eso es cosa de salvajes.

El dedal inútil ha rodado sobre las losas, describe un círculo abierto, se detiene. Me agacho bajo una silla, atrapo el dedal que bascula todavía.

- ... Y a Rosario que vaya partiendo unas lonchas de jamón -sigue mi tía- y que ponga unos rábanos para la sopa.

Sobre las losetas se mece la sombra de la palmera, que me alcanza las puntas de los pies. El tallo de la palmera es alto y fino, erecto, y coronado de un penacho grácil que corona los tejados. Bajo las ramas que se balancean se cobijan racimos de dátiles amarillos, colocados en ristra sobre unas varillas finísimas y nudosas.

-¿No se comen esos dátiles? -he guardado el dedal en la caja de los hilos.

-Son muy ásperos -con la espátula raspa mi tía los restos de pintura sobre la paleta.

Sobre la pared blanca, sujeto a unas alcayatas que lo mantienen erguido, el jazmín de hoja menuda, de pequeñas florecillas perfumadas, de diminutos capullos alargados, violáceos, lanza sus tallos finos sobre las matas de fucsias

-Anda, juye -me increpa Josefita-. ¿No has oído a tu tía?

En un macetón, unas extrañas hojas grandes, matizadas en rojo y en verde, aterciopeladas. En las paredes, sujetas con aros de hierro hay macetas de claveles rojos, blancos y jaspeados, y hay una ruina que se desborda en cascada verde, y la nube impalpable de la esparraguera.

Bajabas a veces al jardín que era mi reino y cobijó las horas de mi niñez, sus escaleras de ladrillo bajo arcadas de hierro cubiertas de enredadera velodenovia, sobre la muelle alfombra blanca que tejían las florecillas desprendidas, como un puente entre la vieja casa y mi mundo primitivo. La hiedra apoderándose de los muros, incrustando en ellos sus infinitas y diminutas uñas, cegando el lavadero y el cuchitril donde se guardaban la mangarriega, las herramientas y el bote de azufre; abajo los macizos bordeados de boj reventando en verdes y rosados, los capullos prietos relajándose hasta convertirse en flor entre azucenas blancas con polvo de oro,

delicadas gloxinias rojogranate, pensamientos de terciopelo amarillomorado, y el aroma espeso ascendiendo hasta el comedor entre los pámpanos de la parra y los zarcillos que se enroscaban en la balaustrada del balcón. La rechoncha pita con su efímero tallo erguido, los racimos de pulgones verdebrillantes apiñados bajo las hojas y las púas de los rosales, y en el centro junto al pilar de riego el lilo azuleando y el guindo de guiñamelojo tachonado de bermellón, y los gruesos frutos amarillos y dulces del membrillo. “Flop flop”, en la gran cazuela todos los años, “flop”, el puré amarillento bullía, “flop”, tomando poco a poco un tono melado. Luego Isa lo volcaba en cajas de hoja de lata con rótulos en colores: “Puente Genil, Clase extra, Carne de membrillo”, y con las mondas y las pepitas hervidas preparaba el almíbar para la rojiza jalea dulzona. Si no fuera por las quejas de algunos vecinos nunca se hubiera sacrificado la acacia gigante. Bien es verdad que su copa remontaba todos los tejados y sus raíces alcanzarían seguramente la plaza del Museo, por lo que no es de extrañar que temieran por los cimientos de los edificios colindantes. Se taló entonces la frondosa acacia, y al ser retiradas sus ramas se mostró el corpulento muñón desnudo que entreví desde las cristaleras, cuando la escarcha lo revestía con su barniz quebradizo. Transcurrió otro invierno, y un día el huerto amaneció arropado por la manta blanca de la nieve, donde los gatos dejaban apenas marcadas sus pequeñas huellas redondas. Yo andaba con cuidado para no estropear la blancura, recogía la nieve que abrumaba los setos del evónimo y modelaba un muñeco grotesco sobre el pilar de riego, de donde pendía un carámbano transparente. Hasta que con las manos heladas, a través de las escalerillas de madera nudosa buscaba el calor acre del entresuelo, donde estaban los dormitorios de servicio, el cajón de novelas policíacas y aventuras de Búffalo Bill, y la antigua colección encuadernada de Algo, la revista pionera de la ciencia-ficción. Pasaron después las ventiscas de marzo, con las lluvias retoñaron los frutales, reverdearon de nuevo los vástagos, despuntaron los pimpollos, y entonces sucedió el inquietante prodigio: fueron primero innumerables puntos verdes casi movedizos sobre la tierra abonada y oscura, después diminutos seres vegetales surgiendo en cada palmo de terreno, y pronto una invasión alucinante de brotes tiernos que con vívida inquietud comenzó a apoderarse de cada macizo, de cada sendero o recodo donde hubiera un poco de tierra húmeda. Y al desplegarse ya libremente se mostraron los pequeños tallos de acacia, mientras toda la pericia del jardinero no lograba conjurar aquel desastre. Nunca pude saber si fueron las semillas esparcidas al cortar el árbol, germinando en aquel medio favorable,

o el vigor irreprimible de la savia apresada en las raíces rompiendo las profundas tinieblas camino de la luz, pero mis ojos espantados contemplaban el fantástico asalto, presintiendo algún poder desatado de la naturaleza, mientras que del chato muñón surgían casi a ojos vistas dos brazos verticales, lisos y robustos, que alcanzaron enseguida la altura de la vieja acacia, cubriéndose a su vez de renuevos tiernos y de verdes hojas rutilantes. Hasta en sueños me perseguía aquella eclosión frenética, y me despertaba manoteando la hojarasca que me asfixiaba en la pesadilla, hasta que por fin a duras penas pudo irse arrancando el bosque improvisado que alcanzaba ya considerable altura, y las plantas fueron desembarazadas de su acoso, sin que pudiera evitarse que varios pies de acacia arraigaran entre los setos.

DENTRO, LAS LOSETAS DEL CORREDOR BRILLAN FRÍAS, ENCERADAS. Al pasar abro la puerta del gran comedor silencioso; con las porcelanas relucientes en los aparadores, con los juegos de café ribeteados de oro, las tacitas antiguas decoradas con guirnaldas de rosas, con rótulos amables: "Amistad, Amor". Sobre el camino de mesa, el centro plateado con las frutas de cera que parecen de verdad. Son suaves, duras y suenan a hueco. Hay naranjas porosas, con cinco pequeños sépalos verdes; y las manzanas son amarillas con un carrillo colorado, y hay también limones que rematan en una tetilla puntiaguda. Y plátanos. Me gusta pasar sobre ellos los dedos, que resbalan sobre la superficie coloreada. Salgo luego hacia el corredor, hacia la cocina donde trajinan las muchachas entre columnas ahumadas.

- Amelia, dice mi tía que vayas poniendo la mesa. - En el lebrillo, los pedazos de pepino sobrenadan el gazpacho. Alcanzo una patata frita de la fuente.

- Ya mismo voy. -Sale Amelia pimpante con el delantal blanco.

-Largo, niña. Jopo de aquí. -La cocinera resopla, suda, espolvorea las patatas con sal fina.

-Es que se me salta la yel. -Alargo la mano, agarro un puñado de patatas fritas.

-Pues que se te salte. Deja ya las papas. -Sancocha la carne, maja los ajos en el almirez.

-“En la cárcel de villa, hoy me van a encerrar...” canta la planchadora en un extremo de la cocina, mientras espurrea la ropa y la va poniendo en rollos

apretados.

-Hago lo que me da la gana -Tuerzo los ojos, mastico con fruición las patatas.

-Tiene tela la niña. -Agarra el rabo de la sartén la cocinera, separa la sartenada a un lado, escurre las patatas con la espumadera.

-“Pues los jueces castigan el delito de amar...” -en la plancha de hierro la planchadora suelta un escupitín que cruje, saltiquea y por fin cae al suelo pulverizado.

-Anda y cambia las flores del búcaro, así te entretienes. -La cocinera descuelga las tenazas de hierro, hurga en las brasas del anafre.

-No quiero -Alcanzo otra patata de la fuente.

-Pues vete a hacer puñetas -Agarra el soplillo, atiza la lumbre, surge una cascada de pavesas incandescentes.

-No quiero -El calor en la cocina se va haciendo líquido.

-“Ella fue mi tormento, ella fue mi pasión, pero un día la ingrata de mi amor se burló...” -la planchadora estira el embozo húmedo, con la plancha ardiendo le arranca nubes de vapor.

-Anda, pélame los rábanos, que tengo prisa. -Coge el cachucho de la ventana la cocinera, lo levanta en alto y empieza a beber.

-No, que me voy. -Me limpio la grasa con envés de la mano.

-Vaya por Dios. -El chorro brillante se le cuelga en la boca, al tragar le tiembla el bocio incipiente, con el delantal oscuro se enjuga luego el agua que ha bosado por las comisuras.

Atravieso la puerta hacia la casa, la puerta brillante pintada de marrón oscuro. Reparo en la gatera, el agujero redondo abierto en su parte inferior. Aquí no hay gatos, pero todas las puertas ostentan el mismo agujero, tan redondo. Luego me alcanza el gemido desaforado de la planchadora:

-“ ... me castigan por matarla, ay de mí, sin pensar que no la olvido...”

y a través de las gateras veo las piernas que van y vienen, que vienen y van, y veo los mosaicos brillantes en que se reflejan los muebles, hacia el lado de la casa,

“...y llorando va mi alma, ay de mí,
y triste yo canto así...”

Y veo las grandes losetas coloradas, pintadas de rojo, en la cocina, y siempre las piernas de las mujeres que arrastran las alpargatas hacia acá y hacia allá, trajinando.

En el hueco de la ventana, las flores que puse en nuestro altar se han

puesto mustias dentro de los frasquitos de brillantina. No encuentro a mis primos por parte ninguna.

-¡Manolo, Rafael! ¿dónde estáis? -Las estampas de santos se alabean al sol, sujetas con chinchas en el poyete: San Antonio de Padua, María Auxiliadora, San Cristóbal con el Niño a cuestas. Y me viene a las mientes:

-San Cristobalín, patín, manín, cara de rosa, dále un novio a mi niña, que la tengo moza!

-¡Manolo, Rafael! -Y amarillean los retales de encajes con los que simulamos un altar, el Niño Jesús sobre las pajas de la cuna alza la piernecilla rosada bendiciendo al mismo tiempo con los deditos de la mano derecha.

Desde el rellano de la escalera, subidas en su pintura, coronadas de nieve, rodeadas de nieve, protegiendo al rey bajo un cielo rojizo, me miran las viejecitas con sus ojos de carbón sobre las caras pálidas. Y en el gabinete, entre pieles de zorro y trofeos de caza, me mira fijo con sus ojos de cristal un gato montés.

Luego, sobre la mesa la sopa dorada con lonchas de pan y una ramita de hierbabuena que le presta sabor y olor, y el platillo de rábanos abiertos en forma de corola, rojos por fuera y blancos por dentro, y su cogollo de hojitas verdes; y la rana verde de loza con la boca muy abierta y la barriga llena de huesos de aceituna (desde lejos intento atinar en la boca abierta con los huesos de las aceitunas), y el porta-palillos-pájaro, de metal plateado, que impulsado con el dedo introduce el pico largo y bífido en un recipiente de cristal, y saca sujeto a su extremo el botín de un palillo de dientes. Y a través de la puerta que tiene gatera, vaharadas a cocido caldoso donde nada falta: con las carnes gelatinosas, la legumbre y los embutidos, ramalazos de espinacas y sobresaliendo anaranjados los trozos cuadrados de la calabaza.

El bullicio de la Semana Santa se mantenía lejos del recinto de nuestro barrio recoleto. No se advertía en él ningún signo de religioso folklore, fuera de algún cofrade rezagado andando a paso ligero con su capa reluciente -blanca, roja o negra-, rizada por el aire fresco, la vela apagada y una enguantada mano sujetando bajo la barbilla el capuchón de raso; ojos chispeantes tras los huecos negros, y plateadas hebillas en los zapatos. El jueves a primera hora de la tarde, en la plaza del Museo, ante el palacio de Santa Cruz y el Cristo de la Luz patético en su demacración sangrienta, se congregaba la cofradía de los Docentes. Aquel día teníamos que almorzar mas temprano que de costumbre, para acudir al acto donde se reunía el grupo de catedráticos y profesores,

todos con el crucifijo pendiente del cuello y entonando el confiteor. Después el Cristo regresaba a la capilla hasta otro año, el mismo día a la misma hora. A las tres de la tarde todo el mundo volvía a su casa mientras los fieles visitaban los monumentos expuestos en iglesias o capillas conventuales: el Santuario Nacional de la Gran Promesa, las Siervas tienen más o menos velas que el año pasado, velas a diecisiete pesetas, las de esperma son más baratas pero no sirven. Capilla de Santa Cruz, iglesia de la Magdalena, qué heladora, los Jesuitas, la Enseñanza, las Salesas Reales, pero la Antigua está cerrada. Largas colas, siete iglesias, siete padrenuestros en cada una con avemaría y gloria patri, y “viva Jesús sacramentado, viva y de todos sea amado”. A un apuro los siete padrenuestros con avemaría y Gloria siete veces en la misma iglesia, sólo que entrando y saliendo cada vez. “¿Quién adornó mejor el monumento?” “Seguramente, el colegio de los Jesuitas. Hay que ver, qué palmas más hermosas, parecen arcos o surtidores de oro”. “Como las de las Francesas, son las que llevan las niñas en la procesión del domingo de Ramos. Palmas de las más caras, altas y recias, traídas expresamente de Elche”. Los de las escuelas las llevaban enanas y despelujadas, o llenas de lacitos y jeribeques, de las que vendían en la plaza del Campillo. Pobrecitos. El Santuario Nacional reluce como un ascua, con los angelitos como pepones sujetando algo en alto, encaramados de dos en dos sobre los pilares lisos, sus cabellos de un dorado sin pátina, y la imponente imagen del Sagrado Corazón obra de Granda con los brazos extendidos, presidiendo desde el retablo central. Y el Cristo de Burgos al lado de la epístola, flanqueado por dos hermosos varones angélicos. Aún no habían entronizado a la virgen del Pilar al lado del evangelio, ni a la virgen filipina, ni a la de Guadalupe en los altares laterales, y ya confesaba el cura viejito que según decían había visto a Nuestra Señora y era santo. “Padre, me acuso de que me olvido de rezar”. “Hija, ¿te olvidas de desayunar?”, consumidico y ciego. “No, padre”. Un cura joven se sentaba el primero a la izquierda, y luego dirigía desde el púlpito el rosario y las letanías que se rezaban en latín: “Kyrie eleison”. Los fieles no entendían en gran parte lo que estaban diciendo, pero se veían arrullados por un cierto clima místico: “Turrís davídica, turrís ebúrnea”, y al final la frase en que todo el mundo se hacía un lío: “Ut digni efficiamur promisionibus Christi”. Los días de gran fiesta: “Quién dio a la España la nueva alegre de los amores del Salvador, fue el padre Hoyos que en san Ambrosio del mismo Cristo la recibió”. Y las voces de acero y cristal de los monaguillos en el coro: “Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat”, estallando entre nubes de incienso sobre las

brillantes vestiduras de pontifical. O en días de dolor grandes cortinas moradas velando al Sagrado Corazón y todo lo demás, y fuera las procesiones todavía sin turistas ni ministros: la larga procesión del viernes santo, y la de la soledad por la noche, con la virgen de las Angustias o de los cuchillos que se mojaba todos los años hasta que le pusieron un plástico por encima. La procesión del Viacrucis, y la de la cárcel junto al prado de la Magdalena, camino del cementerio, donde yo me plantaba mascando pipas y desde donde más que ver adivinaba, envuelta en la polvareda, de puntillas sobre un bordillo o un pedrusco, medio ahogada por la muchedumbre. Mientras, a la puerta de la cárcel, “Dios te salve reina y madre”, los presos entonaban la salve a la Virgen y un preso obtenía la libertad. Y una vez la salve cantada y el preso libre, la oleada humana abandonaba la zona a empujones, limpiándose los niños los mocos en el jersey nuevo: “Chiguito, marrano”. Las viejas secándose las lágrimas o la rija con el envés de la saya y las madres contando a los chicos por no perder alguno en la refriega, entre el fresco airecillo penitencial y un tibio sol pajizo caldeando sin fuerza. Después en casa las faldillas calientes y tu omnipresencia, los pasos leves de Isa, la jicarita de chocolate humeante y espeso con el bollo suizo y el vaso grande de leche. Tú, “Nanina, estudia”, y yo “ya lo tengo todo hecho”, y vuelta a los lápices de colores y a revolver los cajones, tú y el viejo caserón protegiéndome de los miedos y de los peligros de fuera. La gata acurrucada debajo del sofá, mirándome fija con sus redondos ojos fosforescentes, mientras llegaba el momento en que el reloj de la mesa del despacho emitiera diez campanadas cristalinas y el del comedor marcara las diez menos dos minutos, nos sentáramos a cenar y luego las noticias de Radio Nacional y tú: “A, la cama, hala, Nanina, a dormir”. “Hasta mañana, abuelito, que descanses”, y así tantos días uno tras otro, tejiéndose los meses y los años, y siempre con tu mismo tono sereno y sosegado.

-PUÑETERA NIÑA, ¿TÚ VES LO QUE HAS HECHO?

Florentino tira de mí, que me resisto, abandona sus libros de cuentas para llevarme al lugar del delito, me obliga a atravesar el pequeño despacho. Arriba, en un estante, asoman los bordes de colores violentos de varias resmas de papel de seda.

-Eres el demonio. ¿A quién se le ocurre?

A trompicones he bajado los cuatro escalones hacia el patio grande, frente al depósito del agua y el portón que da al Alambique, y miro aquello como si lo viera por primera vez. Abro mucho los ojos y allí está la mesa, la

gran mesa alargada de faena, con su tablero de castaño recio pulido por los años.

-Puñetera niña. Verás cuando lo sepa tu tío.

Yo misma me asusto: por encima del tablero liso asoman, punteándolo, muchas cabezas de clavos grandes que me entretuve en clavar casi sin darme cuenta. Ahora me extraño de haberlo hecho. Por debajo asoman las puntas de hierro.

-Parece un erizo -pienso para mí, y la cosa me divierte por un momento. Luego me escabullo en cuanto puedo.

Dejando allí a Florentino que vocifera gesticulando con sus manos fuertes, la mesa arrimada a la pared cosida a martillazos con los clavos grandes, y que parece un erizo con las púas tiesas bajo el tablero, puñetera niña. Y el portón trasero que da al Alambique con las grietas en la madera por donde se ve la calleja empedrada, y los pesebres de piedra, allí donde mi tío le arrancó a la yegua la sanguijuela de la garganta. El animal echaba sangre por la boca, sangraba y relinchaba quejándose, y él metió la mano, metió el brazo hasta el codo por las fauces abiertas, tanteando el gañote hasta dar con el bicho. Mientras, la yegua aguantaba mansamente, adivinando la buena voluntad. Luego relinchó, pero de gusto, lo rozó con la testuz, agradecida, y pateó las moscas y las sacudió con la crin de la cola.

Dejando allí el gran depósito de agua, de hierro remachado. Y la tina de zinc que lo sobrenada, donde mis primos y yo jugamos a veces a los marineros. Y en el almacén los jamones colgados del techo, llorando grasas escurridizas, como estalactitas opulentas; anchas tiras de tocino blanco, veteadas, cubiertas de granos de sal gorda. Y las latas de chorizos en manteca, precintadas con tiras de hojalata, y pintadas de azul con letras en plata. Y otras con trozos de lomo frito y tierno, sumergidos también en manteca blanca. (Pobrecita, pobrecita, ¿te sacaron ya la sanguijuela?)

Saltando sobre los escalones, bajando por el desnivel, descendiendo a través del patio hacia la fábrica escucho el parloteo ininteligible de las mujeres que, en largas mesas, van atando los chorizos turgentes. Luego los colgarán en cañas, se curarán colgados, arrugándose y oscureciéndose, con las chapas redondas pendiendo de los cordoncillos de color. (Puñetera niña, verás cuando lo sepa tu tío).

Me alcanzará el vaho de la sangre caliente, cociéndose en los grandes peroles. Y el aroma de los chicharrones friéndose en las sartenes, anticipo de meriendas suculentas, chicharrones untados en pan, pringados en el café con

leche.

(Tiene mi tarara unas pantorrillas que parecen cañas de colgar morcilla. Mi tarara sí, mí tarara no.)

-¡Manolo, Rafael!

El olor a zotal por todos lados, y el tufo picante del agua oscura mezclada con cáustica, corriendo por los canalillos en desnivel, corriendo entre las losas renegridas por la grasa.

-¿Dónde os habéis metido?

Abajo en los mataderos relucen las grandes calderas de cobre rojizo, y alguna vez se escucha berrear a un cerdo en un alarido último.

-¡Estamos aquí, estamos en el columpio!

En el matadero antiguo, que ya no se utiliza, el columpio se bambolea suavemente colgado de una viga: son dos cuerdas gruesas que sujetan una tablilla de madera.

-¡Ay, qué frescos! Me toca.

Me ajusto al balancín, me agarro fuertemente a los dos lados, siento varias manos pequeñas que me impulsan desde atrás.

-¡Uy, me da angustia! -he dicho mientras me mecía, cada vez más fuerte, hasta que las puntas de los pies casi daban en el techo.

(¿Qué es angustia? No lo sé, pero la palabra me suena bien, me llena la boca.)

-¡Ay, qué angustia!

(Es una sensación que me muerde el estómago al bajar, y me atonta la cabeza al subir. No conozco su significado, pero la palabra me gusta: angustia. Me empujan mis primos, me empuja Camilo, el niño amigo de los ojos de gato. Los ojos le brillan por la noche, y se le puede distinguir, agazapado, en la oscuridad.)

-Venga, me toca a mí -ha dicho mi primo el mayor, que es más chico que yo y es rubio y blanco como un angelote. Tiene una curiosa mancha oscura en la frente, entre las cejas.

-Es un antojo.

A través de los postigos que dan a la calleja se escucha el resbalar de las bestias sobre las piedras pulidas.

-¿Qué es un antojo?

-No lo sé. Venga, me toca. Anda, Camilo, da fuerte.

Lo empujamos, uno por cada lado, sale lanzado hacia arriba.

-¿No te da angustia, Rafael? Sube más cada vez, los rizos dorados le

tapan los ojos.

-¡Uy sí, qué angustia!

-Venga, niños, a merendar -pasa Josefita como una sombra vieja, bajo el manto negro que le ciñe la cabeza. Habrá encontrado ya el trapo del petróleo, porque frota algo acá y allá. Luego buscará el “berbilibú”, para abrir agujeros, o cualquier otra extraña cosa.

El humo de un cigarrillo garabatea en volutas y viene directo a mi nariz. Fuera, taxis negros de raya roja. El sol ha abandonado el chopo blanco y bordea un pinito achaparrado, cerca ya de la línea del césped. Ha inundado ya todo el friso de PADROS, haciendo relucir los relieves del puzzle. Ya son dos los paracaidistas, qué jóvenes, casi unos niños. Ah, ah. Lo había olvidado. Nunca pensé... Ahora son cuatro, se levantan y se van con las bolsas color caqui y las boinas terciadas, bordadas cada una con un ave en plata y un paracaídas en oro. Tengo ya ganas de llegar allí, aunque... Pasa un Búffalo Bill con barbita, lleno de tirillas de cuero. Es imposible distinguir las palabras del altavoz, ni siquiera su idioma, entre el run-rún, esta impresión de tener la cabeza de corcho y el tintineo de la cafetería. La corriente de aire por debajo de los asientos me está dejando los pies helados... El cielo se ha despejado por completo menos una nubecita larga que parece un jirón de nieve iluminada. El sol, entre las ramas del pino, es el centro cegador de un millón de rayitos concéntricos. Después no veo nada, todo se ha vuelto gris. El puzzle de PADROS va perdiendo poco a poco sus reflejos. Un revoloteo de alas en el aire. Por un momento la gran nave ha quedado casi solitaria y puede distinguirse más claramente el sonido de la voz, aunque no logro descifrar las palabras: en castellano, luego en lengua extranjera. No queda más que la nube iluminada y una sombra larga ha invadido el puzzle. La sombra de la aguja larga casi no existe, lo mismo que las líneas que proyectan las persianas. Fuma una joven vestida de rosa con los cabellos teñidos en un rubio ceniza. Son teñidos, sin duda, porque tiene las raíces oscuras. Un cenicero con las cerillas de palo a medio quemar, y los cigarrillos retorcidos, una cajetilla arrugada y varios papeles de caramelos. Un autocar, ante los ventanales, nuevos niños patinan sobre el mármol tostado.

El fondo monótono de la voz a través de los altavoces, los altavoces con aspecto de pájaros exóticos. ¿Estaban encendidas las lámparas, o

las han encendido ahora? No lo sé. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once redondeles luminosos. Tenían que ser doce, pero una bombilla no luce. Una medio-monja de gris y niños que patinan, ¿son los mismos, o son otros? ¡Qué despacio se va el sol! Parece que lleva un siglo tras el horizonte. Consigna. Left luggage office. Sala de recuperación. Recovering-room. Telégrafos. Telegraph office. Teléfono. Telephone. La puerta entreabierta de la capilla, suave resplandor, los bancos encerados son lisos, suaves, y no hay nadie. “Señor, Tú me sondeas y me conoces, me conoces cuando me siento o me levanto”. Enfrente el sencillo altar, sencilla cruz. Alfa y Omega. El Principio y el Fin. Rodeados por el silencio, colocados sobre los reclinatorios, los libros de oración: “Tañed para el Señor, fieles suyos, dad gracias a su nombre santo, su cólera dura un instante, su bondad de por vida; al atardecer nos visita el llanto, por la mañana, el júbilo”.

PERO POR LAS TARDES NOS BAÑABAN Y VESTÍAN DE LIMPIO, y salíamos a la plaza con la niñera; todas las tardes nos bañaban a mis primos y a mí: colocaban tinas de zinc en la gran cocina y las iban rellenando con ollas humeantes. Después nos ponían de punta en blanco, todos los días; y salíamos con la niñera a jugar a la plaza.

Como mucho, bajábamos por la calle principal procurando no resbalar con las sandalias embadurnadas de blanco; por la calle principal que moría abajo en carretera de tierra bajaban y subían las mujeres vestidas de negro, envueltas en mantos negros de algodón y tapándose la cara con ellos. Sobre la cabeza la roílla de trapos retorcidos, y sobre ella el cántaro balanceándose a cada movimiento de la mujer, formando un todo con su humanidad oscura.

Dejábamos a un lado los cebaderos grandes, donde se daban a veces funciones de teatro por compañías modestas.

-¿Qué ponen hoy?

-“Anacleto se divorcia”.

O bien:

-“La pluma verde”. (“Y por eso me llaman la cursilona de la pluma verde...”)

Tras las puertas barnizadas de las casas se adivinaban zaguanes en penumbra, gentes ocupadas en sus faenas. Y jarritas, la capuchina dorada que reluce, el pequeño velón sobre el paño de ganchillo o macramé, y el florero de porcelana de donde surgen, irisadas y gráciles, rematadas por concéntricos y

misteriosos ojos, varias plumas de pavo real. Sobre las paredes blanqueadas una abigarrada colección de adornos barrocos, los portacartas bordados en sedas de matices suaves, pendientes de cordones de seda. Espejitos picados, grandes estampas de colores chocantes en marcos de maderas caladas, fotografías pardas, grupos familiares que rígidamente miran hacia la cámara, o antiguas fotos de bodas o de Primera Comuni3n. Y al fondo el resplandor de los patinillos llenos de macetas floridas, medianas o grandes o chicas, y el batiburrillo de una esparraguera enredándose en la maraña azul pálido de la celestina.

Pasábamos junto al bar y su amplia terraza acristalada que daba al campo, donde ya Coralía se peinaba las trenzas para salir a la plaza.

Y dejando atrás el pueblo, el bar y la huerta, llegábamos al grupo escolar y la fuente Marchal.

Junto a la fuente de grueso caño, las matas apretadas de culantrillos, los lavaderos con el agua corriendo a borbotones sobre el lecho cubierto de verdín.

Tras los muros encalados de la iglesia, la penumbra fresca está saturada de un aroma húmedo a cera quemada y a flores marchitas; un haz oblicuo penetrando por la lucera traza su rastro luminoso que se quiebra en el enlosado. Cualquier pequeño ruido levanta ecos sonoros en el recinto medio vacío. La pequeña Virgen presencia desde arriba el cuchicheo de los niños.

-Por la señal de la santa canal, cayó una teja mató a una vieja, cayó un chinillo mató a un chiquillo... -uno de ellos toma agua de la pila y se persigna, gesticulando.

-Cállate, niño, que eso es pecado.

-¡Anda, pecado! -inicia una genuflexión, se sienta por fin sobre el terciopelo ajado de uno de los reclinatorios.

-Claro que sí.

Junto al sagrario titila una lamparilla dentro del recipiente de cristal rojo. Una mujer rezagada abandona el último banco, que cruje. Cruje también la puerta de la sacristía, en su recuadro aparece el monaguillo con el maticandela en ristre.

-Paco -susurra el niño con los ojos glaucos desde el reclinatorio.

-Qué -responde el monago.

-Que si tienes recortes -las pierrecillas renegridas, las manos menudas, los dedos exploran los calados en las sandalias oscuras.

-Eso, mañana. Hoy no tengo -bajo la curva de un nicho blanquean las azucenas de san José.

-Eres un angurrioso. Te las comes tú todas -guiña un ojo, guiña otro, vislumbra entre las pestañas las velas encendidas.

-Mentira -dice el monago. Empieza a apagar las velas, manejando con tiento la caperuza cónica al extremo del palo largo.

-¿Te vienes a jugar a la plaza?

-Aguardad, que ya mismo voy -sigue apagando velas, que humean, se mueve de acá para allá.

-Afuera te esperamos -otra genuflexión, otro garabato junto a la pila del agua bendita, la voz retumba en los altos y en los pilares.

-Bueno.

Sumerge el hisopo en el aceite, se vuelve al monaguillo con un tintineo de llaves bajo el faldón colorado, rocía a los otros desde lejos:

-Asperges me, domine.

Saltan los otros dos a coro:

-Amén.

Después que el sol ha desaparecido tras la mole del Hacho inundando los cielos de un resplandor rojizo, la luz incierta de la tarde va dominando el pueblo. La silueta blanca de la iglesia, su torre y las campanas calladas se recortan sobre la pared rocosa, y los árboles cercanos cabecean suavemente. En los escalones de piedra, en la rampa que desciende hasta la plaza, algunos chiquillos se han sentado, rendidos. Otros vuelven a sus casas, sus voces se pierden tras las puertas y las esquinas. Una calina tenue se extiende sobre los tejados, desdibuja las cumbres en la lejanía.

Yo también me he sentado. Dejando resbalar la mirada sobre los muros blancos, sobre las copas verdes de los árboles y la farola solitaria. Cerca de mí está Simón, en su silla de anea, apoyado en el zócalo oscuro.

Junto a él hay un hombre de luto, todo negro de pies a cabeza, desde las alpargatas al sombrero de anchas alas, pasando por la camisa de un negro pardo. Y al lado, una mujer sentada en una silla baja se atusa el rodete, lo prende después con una horquilla de moño.

-Simón encontró sus gemelos entre las cenizas, ¿no verdad, Simón? -la voz de la mujer es aguda.

-Cogí lo que púe, ná, y enterraron aquello en el cementerio -contesta Simón. Su mano descansa sobre la pana que le cubre la rodilla. Observo sus dedos largos, las uñas duras, amarillentas, que rascan inadvertidamente la tela

del pantalón. En el anular le blanquea un aro plateado.

Algo en lo que oigo me sobresalta, adivino una alusión en la mirada huidiza de la mujer o en el gesto vago del hombre de luto.

-¿En la casilla del tejado verde?

-No, en el de Ronda -se acentúan los pliegues en el cuero cobrizo de Simón, sus ojos son dos surcos profundos bajo las cerdas erizadas de las cejas.

Sé que hablan de una historia que la abuela evita siempre, que tengo entreoída en medias palabras y en alusiones veladas. Que resucitan sucesos antiguos, relatos sombríos, heridas olvidadas. Simón se vuelve y me ve, sus ojos brillan más y más y los rodea de pronto un halo rojizo.

-Niña, ¿estás ahí? No te había visto.

-Hola, Simón.

-Buenas, niña -una sonrisa distiende el rictus de su boca, muestra las encías desnudas, hace brillar los pelillos de la barba, del bigote.

La mujer se ha levantado, con el pañuelo negro se ciñe la cabeza, lo anuda después hábilmente, se sacude las faldas y se va. Con ella se va el hombre de luto.

-Con Dios, hasta mañana.

-Con Dios.

Me acerco a Simón, que tiene a su lado la silla baja, vacía.

-¿Me puedo sentar?

-Claro que puedes. Siéntate.

Me acomodo en el asiento, cierro los ojos, intentando vencer el nerviosismo que me invade, una inevitable sensación de ansiedad.

Y noto en la mejilla la caricia áspera de sus dedos. Después lo miro fijamente y le pregunto:

-Tú fuiste amigo suyo, ¿verdad, Simón?

Las niñas que trepábamos por las breñas no habíamos visto nada de aquello. Sí que nos lo habían contado, pero eran tan sólo palabras.

Tenían un baño de azúcar grueso y tierno, Isabel las compraba en el confitero de la calle de las Angustias. Eran tus yemas preferidas, y también las mías. Las compraba en bandejitas de cartón por medias docenas, para que no se pusieran duras. Claro que nunca llegaban a ponerse duras, aunque tú solamente comías una en el postre del mediodía, pero yo me encargaba del resto. Isa las mudaba cada vez de lugar asegurándolas con llave, pero yo daba

con ellas siempre y me las comía encerrada en el váter. Era un placer ir despegando con la lengua aquella corteza blanca que se deshacía en la boca, hasta quedar al descubierto la bola amarilla y monda que engullía de una vez, relamiéndome. “Qué raro -decía ella-, hubiera asegurado que ayer compré las yemas”, y ya no quedaba ninguna. “Te habrás confundido, mujer”, le contestaba yo candorosamente. Otras veces eran los temblones tocinillos de cielo o los dulces del Horno Francés bañados de chocolate y envueltos en papeles de colores metálicos, que se llamaban freixas; si no lograba dar con el paradero de las yemas o de los freixas, o de los tocinillos, me conformaba con volcar el azúcar de tu azucarero en un estuche de baquelita que había contenido novolitines del doctor Gustín, y lambucearla metida en el retrete gozando de la clandestinidad del lugar. O golosear las galletas alargadas rellenas de vainilla que extraía del fondo de su envase de hojalata, levantando con cuidado los papeles de seda que separaban las capas superpuestas, por más que llegara un momento en que necesariamente había de notarse la falta. O en su defecto rebañar con el dedo la chocolatera y el molinillo de palo donde al enfriarse la pasta oscura adquiría una dulce y sólida consistencia.

“Isa, guapa”, Isabel pegaba un respingo. “Qué me vas a pedir”. “Que me prestes tu velo nuevo”. O, “Anda, Isa, préstame veinte durillos”. “Ay qué niña, que donde me ve me guiña”. Tenía un primo que siempre quiso casarse con ella, pero ella decía que el mejor de los hombres colgado. Y es que un novio la había dejado plantada en sus tiempos, y aquello le había dejado mal sabor de boca. Por fin su primo se casó con otra, pero enviudó, y otra vez que quería casarse con ella, y ella que ni por asomo consentía en casarse con él. Hasta que el primo se casó en segundas nupcias y enviudó de nuevo, y dále con quererle casar con Isabel, y ella sin transigir, y el primo tuvo que casarse por tercera vez. Y cuando su tercera mujer estaba de cuerpo presente: “Isa, mujer, ¿no quieres casarte conmigo?” Y ella que ya era vieja: “Vaya una ocurrencia, si cuando yo digo”. Entonces yo le decía que su primo la quería por las perras, y ella me contestaba que seguramente sí. Isa tenía siempre en reserva un estuche amarillo de jabón Heno de Pravia, guardado en el cajón de su armario, y unas medias de seda brillante que no se ponía nunca porque las usaba de hilo, y un paquetito de pañuelos perfumados sin estrenar; y el frasco de colonia que le habían echado los reyes, y también el velo nuevo con el alfiler de cabeza gorda, y un devocionario con las letras muy grandes, y un rosario negro dentro de una rosariera. Yo disfrutaba malignamente sumando los años de las tres personas que convivíais conmigo, y que pasaban de los doscientos. A

veces Isabel taponaba con yeso y cristales rotos los agujeros que hacían los ratones tras el radiador del comedor. Y yo: “Déjalos, mujer, con lo majos que son”. Claro que más prisa se daban ellos en destaparlos o abrir otros nuevos. Correteaban a mi alrededor junto a la mesa, cuando a veces me quedaba de madrugada dibujando y escuchando música en el viejo aparato marca Phillips, bajito para que tú no lo oyeras. Yo estaba acostumbrada a ellos, y hasta me hacían compañía, tan grisecitos y tan descarados que desconocían el miedo. Me miraban de pasada con los ojos brillantes y el rabito largo pegado al suelo. Yo me recogía los vuelos de la bata de paño porque no me hubiera gustado que trepan por ellos, y de nada servía la gata, pues ya le habían perdido el respeto.

Un maullido quejumbroso y yo levanté la vista del dibujo que estaba sombreando, luego otro maullido más lastimero, y yo: “Esta gata del demonio”. Cuando desde el sofá la Patas me miró desatentada con sus pupilas brillantes surcadas por la oscura grieta vertical, luego desapareció de mi vista cobijándose bajo el asiento, y a poco emitió un prolongado quejido como de un alma en pena, que culminó en grito desesperado. “Esta gata es imposible, Señor”. Y de pronto finísimos pitidos y sordos ronroneos, un maullar ahora múltiple y suave, y yo sobrecogida ante la hoja de papel, sin atreverme a mirar debajo del sofá y sin poder resistir el impulso de hacerlo, presa de un extraño escrúpulo, no sé si físico o moral. Hasta que venciendo mi repugnancia alcé un extremo del volante fruncido y distinguí junto a mis pies una pequeña bolsa surcada de venillas cárdenas, y un amasijo de vísceras sanguinolentas, mientras al fondo en la oscuridad proseguía el coro de roces y pequeños maullidos. Barruntando un terrible secreto, pero sin comprender lo ocurrido, tuvieron que pasar años para que comprendiera que bajo aquel sofá del comedor había sentido una noche parir a la gata.

“TIENES MOCOS, COCHINA, TIENES VELAS DE MOCOS”, la niña pálida y desgachada, las piernecillas retorcidas, el vestidillo de percal medio transparente de tan lavado y zurcido, “límpiate los mocos”, con los ojos de un azul desvaído, las cejas desdibujadas sobre la frente estrecha, blanquecina, cabellos ralos (los ojos azules muy abiertos, sin mirar a un sitio fijo) y yo cruel, segura, bien vestida y calzada, insolente en mi seguridad, ni sé si jugaba con ella, ni siquiera la advertía. Ella me miraba ausente desde cualquier rincón. Su madre lo veía. Y llegó el día de la fiesta, salió la Virgen a hombros, en su trono:

pequeña Virgen, manto blanco bordado en oro, entre amapolas rojas hechas con papel de seda, con rabitos de alambre forrados de papel verde, con hojas recortadas en papel de seda verde. Alfombra de amapolas que la abuela habla preparado en Ronda, que había enviado la víspera. La procesión zigzagueaba, hombre mujeres y niños repeinados y vestidos de gala, niñas con trajes blancos, zapatos de charol negro con trabilla reluciente, velos negros sujetos con alfileres de bola negra, rosarios nacarados en las manos, rosarios plateados, o negros de cuentas de azabache, o menudos rosarios de cristal de color entre las manos infantiles: “Venid y vamos todos con flores a profía”. Las velas que se encienden, humean, se apagan sopladadas por el airecillo serrano de la tarde, se prestan su candela unas a otras; las voces discordantes, insignificantes, enanas dentro de la enorme cuenca rocosa. La cera gotea sobre las piedras redondas, los chiquillos manosean los pegotes de cera caliente entre los dedos. El trono rojo, flamante, pequeño manto blanco entre el rojo de las amapolas, los monaguillos meciendo los incensarios dorados, envueltos en la neblina olorosa del incienso. Y el cura, encajes blancos sobre negro, cíngulo, estola, oros, cabellos canosos entre las dos filas de hombres, mujeres y niños. Apenas la vi a ella, apenas vi a su madre con los mismos ojos descoloridos de la hija, las dos relavadas, repeinadas, zapatos nuevos, velos flamantes. “¿Has visto a mi niña? Hoy no tiene mocos”. La miré un instante, y pensé: no tiene mocos. Luego seguí adelante, resbalando sobre la cera, cantando en la tarde a voz en grito, como todos: “Con flores a María, que madre nuestra es”.

Los dormitorios de la casa grande quedaban en el piso superior, con las ventanas enrejadas sobre la plaza. Por eso, cuando durante las fiestas se organizaba el baile que animaba la reducida orquesta, a los pequeños nos daba la madrugada atisbando por entre los barrotes a las parejas o a las mocitas desparejadas que bailaban de dos en dos con movimientos rígidamente grotescos. Enfrente, a la puerta del Ayuntamiento y bajo la esfera del reloj se encendían los cohetes que mi tío el alcalde había mandado comprar en la capital, y alumbraban las rocas con tonalidades fantasmagóricas. Hasta bien entrada la noche habíamos bailado nosotros también, unos con otros, mezclándonos en el chin pún chin pún con los mayores hasta que nos caíamos de cansancio y nos subían a la cama. Una vez arriba, puestos los pijamas y los camisones de dormir, y libres los pies de apreturas de zapatos nuevos, se nos pasaba el sueño y velábamos apoyados en las rejas hasta que

se acercaba la mañana y los músicos se retiraban.

Y en noches de cencerrada, cuando alguna mocita se iba con el novio, cosa corriente en el pueblo, el estruendo de sartenes y almoreces nos sacaba también de la cama. Como en un rito ancestral, la gente se reunía de madrugada en la parte superior de la plaza. Desde los escalones de piedras desiguales a los que la luna arrancaba reflejos mortecinos, hasta la fachada de la iglesia, el estrepitoso aquelarre golpeaba ollas, perolas y toda clase de utensilios, formando una pavorosa algarabía que despertaba en la noche serrana a todos, niños y viejos. Unos sonidos eran sordos, otros tintineantes, otros vibraban como tañidos de campanas dejando prendidos sus ecos en las quebradas del Hacho.

Los domingos por la tarde iba a casa la señora Teo. Se llamaba Teodora, y para abreviar se le quedó aquel nombre: viejecita enteca con melenita blanca de paje cortada par igual, patitas rectas y finas como dos palitos. Llevaba medias negras de canutillo, que se le arrugaban en los zancajos cuando arrastraba los pies en pasitos cortos. La señora Teo, según me decíais, había sido joven y había acompañado a las tías cuando iban de niñas al teatro. Ahora vivía en el asilo con las monjitas; los domingos le daban suelta y se venía a casa a recoger su merienda, su propina, y a contar sus pequeños chismes, sus rencorcitos entre viejos y sus rencorcitos contra las monjitas. Se metía en la cocina, charlaba seguido y quedo con Isa, y yo: "Señora Teo, un cuento". Y ella: "Quita, hija, déjame de cuentos". Se hacía rogar, pero era lo que más le gustaba: contar cuentos antiguos. "Érase que se era", y "qué será, qué no será, qué dejará de ser", o "qué haré, qué no haré, qué dejaré de hacer". "Y colorín colorete, por la chimenea sale un cuete". "Ahora uno de Argimirín, el que tenía un ojo en un dedo". "Quita, quita, Argimirín, ya lo he olvidado". "Ande, señora Teo, uno de Argimirín". Así se pasaba la tarde. Al final cogía con mucho tiento su paquetito y su propina, y se iba arrastrando los zancajitos. Una tarde de domingo llegó con una postilla rara en la nariz; cada vez fue más grande y más rara la postilla, hasta que fue postilla toda la nariz. Me daba aprensión besarla, pero como también me daba lástima la besaba, hasta el día en que se murió y ya no vino más. Cuando no venía la señora Teo venía la señora Elisa, que como estaba en su casa podía hacerlo cuando le apetecía. Era una anciana muy bonita y había sido una hermosa mujer, según me decíais también, y según se aprecia en la foto en que aparece con el tocado de puntillas y el delantal de terciopelo, sujetando a mi padre encima de un pedestal, niño pelón

llo a su vez de puntillas: un niño muy bello con un ama muy bella. Ahora casi no veía, parpadeaba constantemente como si le molestara la luz, su tez casi sin arrugas, la señora Elisa, su mejilla húmeda, su beso húmedo. “Ya ves, yo tenía también ama para mi hijo con lo que me pagaban tus abuelos, ya ves, y me sobraba más de la mitad”, pestañeaba. “No querían más que descansara y comiera bien, nunca estuve tan bien alimentada: bocadillos de jamón a medianoche, ya ves”, sus cabellos ondulados, blanquísimos, recogidos cuidadosamente. “Tu abuelita, morirse tan joven, una santa, pobrecilla”. Yo le decía que ella era mi abuela de leche y se reía suavemente, pestañeando. Mi tío de leche quiso ser pintor y tenía buena disposición para ello, hasta que pintó una Purísima con los ojos colorados y se descubrió que era daltónico. Tuvo que dejar la pintura por la talla en madera. El marido de la señora Elisa tenía un puesto de chucherías y se pasó la vida vendiéndolas de feria en feria; la hija, casi tan bonita como había sido la madre, y el hijo pequeño buen estudiante. Mi padre en uno de sus viajes le llevó un tren de regalo, pero el chico ya tenía novia y estaba haciendo la mili, un despiste lo tiene cualquiera. La señora Elisa, ya vieja, después de haber criado a sus hijos menos al que tuvo ama, y además a otro ajeno, tenía que hacer de madre de dos nietos que había dejado huérfanos su nuera al morir. Nunca dejaba de visitarla mi padre en sus rápidos viajes: la única visita que hacía, a su ama la señora Elisa.

LA PRIMERA VEZ QUE ME LLEVARON AL PUEBLO TENÍA POCOS MESES y estaba medio muerta. Mi padre, lógicamente, extremaba conmigo sus cuidados; pero el abuelo Manuel usaba otras técnicas. En cuanto mi padre dio la media vuelta, él dijo:

-Ésta lo que tiene es hambre. Tirad esas medicinas al tejado y dadle jamón a la niña.

Las medicinas las tiraron al tejado, y yo me puse a chupar con ansia una loncha de jamón. A poco parecía otra, gorda y colorada, y había echado fuera todas las dolamas.

El hermano mayor de la abuela se había llamado el tío Frasquito que en paz descansa. El tío Frasquito que en paz descansa había sido altísimo, de más de dos metros, según me contaba Simón, y había muerto joven. Mi madre, bajita, me hablaba muchas veces de él:

-¡Hay que ver, morirse tan joven siendo tan alto, el tío Frasquito que en paz descansa!

Por otra parte el padre del abuelo, o de la abuela, o el padre del padre del

abuelo, o del de la abuela, que con seguridad no lo sé, se había muerto de la enfermedad del sueño. Cada vez dormía más y más largo, y ya se dormía de pie, y sentado en la silla de su caballo. El caballo ya lo conocía, y cuando él se dormía en plena sierra el animal volvía a casa a paso suave, con cuidado de no volcar a su amo. Un día se durmió tan largo que ya no se despertó.

Lo llamaban Papá Cunda porque era carcunda, era de los carlistas, y llevaba siempre una bilbaína grande, ladeada como Zumalacárregui. De todo ello hace ya tantos años que no lo recuerda nadie, ni siquiera la hija de la Niña de la Nena, cuya abuela vivió por aquellos tiempos.

A veces mi tío nos llevaba con él, a caballo por la sierra. No era fácil sostenerse cuando la montura se inclinaba en las veredas empinadas, ni había que guiar a las caballerías: ellas conocían de sobra los caminos. A cada resbalón temíamos ir a dar con los huesos al fondo del barranco. Alguna vez llegamos hasta Ronda, siguiendo la senda que trazaron los romanos, por el camino de herradura. Atravesábamos trochas, valles y arroyos pedregosos, dejábamos a un lado ventorrillos y dehesas, y vacilantes puentes donde sólo una cuerda tendida ayudaba a mantener el equilibrio en la altura. Mi tío nos señalaba el peñón del Mure, el precipicio donde años atrás el bandido Pasos Largos había burlado, dando un gran salto increíble, a la guardia civil. Cerca se hallaban las ruinas de la antigua Acinipo de los iberos, Ronda la Vieja, y el pantano que un equipo de ingenieros suizos había intentado construir por los tiempos de la Gran Guerra. Después de muchos meses de trabajo tuvieron que abandonar su intento, porque el agua se filtraba sin saber por dónde. Y es que las montañas huecas se las tragaban por sus negras y profundas fisuras que parecen desembocar en el infierno. Bajo la estrecha, serpenteante y empinada carretera de tierra, un tenebroso agujero sin fondo me ponía los pelos de punta, y me ha producido pesadillas después muchas veces.

Nos contaba cómo lo habían raptado tiempo atrás los bandidos de la sierra: pedían un alto rescate y mataban al que no lo pagaba; y al que lo pagaba, lo mataban a veces también. Escondidos en las cuevas naturales eran inexpugnables, muchos guardias civiles habían muerto antes de poder acabar con ellos.

De vuelta avistábamos el pueblo a lo lejos, inundado por la luz del crepúsculo. El sol se hundía entonces tras la línea de las montañas, y un halo luminoso surgía de las cimas, resbalaba por los declives, escalaba las crestas dentadas y bañaba al pueblo con un resplandor irreal; tendido en la ladera

como una tanda de ropa puesta a solear, su estructura se hacía cada vez más nítida entre la bruma del atardecer; hasta que, tras la gigantesca mole pedregosa de Tabizna aparecía de pronto, ya cercano, escalonado en la falda bajo la sombra maciza del Hacho, como un prodigio entre las lascas grises, como un reducto encantado entre desfiladeros cortados a pico.

Entonces las bestias resoplaban, brillantes las grupas, húmedas las cinchas, y nosotros nos rebullíamos aliviados en nuestras sillas, un poco doloridos, agarrotadas las coyunturas y arreando a las caballerías por la impaciencia de encontrarnos en casa. Del pueblo emergía el aroma peculiar de la tarde, brotaban los ruidos vivos del anochecer; pronto los cascos arrancaban chasquidos secos del pavimento empedrado.

Los días de tormenta temblaban las entrañas de la tierra. Por la tarde se formaban masas enormes de nubes plomizas; el cielo se llenaba de resplandores cada vez más cercanos, y el fragor de los truenos hacía estremecerse las montañas. Las chispas eléctricas surcaban como culebrillas deslumbrantes el horizonte en toda la extensión que alcanzaba la vista, y el Hacho bramaba. Entonces la lluvia caía a torrentes, formando hilos plateados en la ladera, sobre el pueblo.

De repente cesaba la lluvia. El cielo se abría, y el sol lucía de nuevo más brillante.

El día de la gran tormenta había llovido día y noche, sin parar. El agua resbalando por el Hacho reventó las madre viejas que dos mil años antes construyeran los romanos. Y fue sobre la plaza un estallido terrible de aguas, y casas, y barro y enseres y personas que bajaban desnudas envueltas en el torrente con los muebles y los cerdos. Hubo que buscar los cadáveres muy abajo, a varias leguas en el valle.

En aquellas tierras distintas, siempre las gentes fueron distintas. Abrir los ojos cada mañana a horizontes sin límite, sentir como algo natural el abismo bajo los pies, desconocer el vértigo desde siglos, desde generaciones antiquísimas que dejaron la huella de su civilización sobre los muros de las cuevas: peces estilizados, ingravidas figuras de mamíferos apenas perfilados sobre la roca caliza, eternos testimonios cobijados en profundas galerías sin fin, enlazadas entre sí por medio de grietas increíbles; montañas enteras huecas, y en sus entrañas lagunas que nunca vieron la luz. Y el agua fluyendo gota a gota, siglo a siglo bajo la cáscara gris de las moles pedregosas, horadando, carcomiendo, disolviendo desde el principio de los tiempos, labrando fantásticas figuras, abriendo caminos caprichosos, inmensas salas

como catedrales donde transcurrió la vida del hombre hace más de veinte mil años.

En el pueblecito perdido en la sierra, las viviendas últimas, dominando desde la altura son como nidos de águilas; sus habitantes emparentados más con los pájaros que con los hombres, y con las cabras que conviven con ellos. Seres de vista agudísima, que no temen nada ni se sorprenden de nada, porque llevan en sí la grandeza de la eternidad, la paz de quien casi es aire. Nacieron bajo una peña cuando el sol rasgaba los abismos, o cuando el mundo se hacia tinieblas. El balido de las cabras monteses arrulló sus primeros días, el silencio sin fin veló sus noches, gruesas costras de cal sobre sus casas los protegieron del ardor del verano y de la ventisca en el invierno: blanco cegador de cal, inmenso azul del cielo, y el gris patético del Hacho. Sus primeros pasos resbalaron sobre las piedras redondas, en las callejuelas empinadas que mueren arriba en las peñas, sus pies se acostumbraron a agarrarse a cualquier cosa sin caer, pies descalzos, endurecidos, o cubiertos con calzados primitivos. Sus pequeñas manos lanzaron la piedra sobre el abismo, y sus ojos transparentes la vieron rebotar y caer, saltando, perdiéndose, en un primer juego. Los peñascos fueron su parque, su alameda, el águila real su compañera. Nunca aprendieron a leer, nunca lo necesitaron. Luego aprenderían sus nietos, los nietos que marcharían muchos años después a un país extranjero, para hallar algo que ellos nunca tuvieron: bienestar, dinero, agostada ya la claridad de sus miradas, arruinada la ancestral grandeza de sus vidas.

MORÓN

“COMO EL GALLO DE MORÓN, SIN PLUMAS Y CACAREANDO”

EN MORÓN DE LA FRONTERA TAMBIÉN SE RESPIRABA BIEN, y en la tahona de su amiga Rosita (“Rosita, linda muñequita, Rosita de mi corazón, haremos una parejita sin rival tú y yo”), se respiraba siempre un olor fragante a masa enhornada, a corteza dorada, a esponjoso migajón, a corrusco tostado, a pintado chusco coscurrido, que llevó durante muchos años metido en la nariz. Aparte de este recuerdo olfativo le ha durado hasta hoy el de un colegio donde jugaban al corro (“pan tierno, pan duro, que se vuelva la nenita de culo. ¿Han dado la una? No. ¿Han dado las dos? No”) y ella era la menor de las alumnas, y de una función de teatro sobre un alto tablado del que la tiraron de espaldas de un empujón; llovían al final los caramelos que lanzaban las mamás y los papás, de los que, sofocada por el calor, embrollada por el desbarajuste, trabucada por la maraña de manos y pies, no pudo alcanzar ninguno. Ella lloraba y luego, en dos localidades en medio del patio acristalado, la esperaban su madre y su tía la que estudiaba filosofía y letras; le dieron un cartucho lleno para ella sola, lo que la consoló. Y el recuerdo de una escalera de caracol, que desembocaba en un cuartito donde se daban las clases de solfeo y de piano, y el de un jardín que entonces le parecía grande, rodeado de arbustos. Tras los arbustos apareció su Catón, que había estado perdido por tres días. Llorando, llorando lo encontró tras de las matas. Había un árbol en mitad del jardín, o quizá dos árboles. Junto a él, o a ellos, cantaban las niñas: “Ya se ocultó la luna, luna lunera, ya ha abierto su ventana la piconera, la piconera madre, y el piconero va a la sierra cantando con el lucero”. Junto al portón de entrada, con un pie dentro y otro fuera del umbral, reclinada sobre el quicio, la tata Mercedes le dio a la Hermana de la portería la noticia de la muerte del abuelo Manuel. “No respetan ni a Dios, bendito sea Dios”, se santiguó la Hermanita portera. Y añadió: “Las Madres rezarán por él”. Cree recordar que dominaba el pueblo un castillo moro, y recuerda también el monumento al gallo que, sobre un alto pedestal, cacareaba desalado y desplumado, en medio de una plaza con jardín. Y unos paseos largos de la mano de la tata Mercedes, ante unas fábricas muy grandes de jabón, y unos tarros de cabello de ángel tras el torno de un convento de clausura: el dulce era brillante, dorado, en hebras, y

a ella no le gustaba. Y alcanza lejanamente a recordar un día de carnaval, las gentes por las calles cubiertas con caretas, danzando. Y el día en que el pueblo se alborotó, porque un chiquillo le saltó un ojo a otro con un palo; todo el mundo corría, o quizá nadie corría, era ella la que corría con su niñera, que también corría. Y una casa con una galería alta con barandillas alrededor de un patio sevillano. Cosa curiosa, todas las pesadillas de su niñez tenían un mismo tema: aquella galería con barandilla sobre el patio y una muchedumbre disfrazada, grotesca, enmascarada, gesticulante, esperpéntica, monstruosa, corriendo tras ella, persiguiéndola a través de la galería, rodeando el patio. El día en que murió el primero de sus hermanos varones, la sacaron de casa. En casa de una vecina comió lentejas aquel día, y luego relacionó por mucho tiempo las lentejas con la muerte, sin saber muy bien el por qué. Si sabe que su madre lloraba en la habitación de la azotea, junto a la cuna vacía. En la habitación de la azotea se guardaba el carbón, y la leña. Tenía un balconcillo sobre la calle con el antepecho de cemento, calado formando dibujos. Una medianoche se incendió el carbón, las llamas se elevaban sobre la calle con un resplandor rojizo. Acudieron todos con cubos, su padre en pijama de rayas. A su padre se le rajó el pantalón, y a través del siete enseñaba el trasero, pese a intentar sujetarse la tela mientras echaba cubos de agua. Por fin apagaron el fuego. Recuerda también gentes subiendo y bajando las escaleras de su casa, mientras ellos estaban durante días escondidos en la despensa; a través de un ventanillo los sentía subir y bajar, y escuchaba sus voces graves o violentas: eran los “rojos”, que hablan hecho su cuartel general en la azotea, desde donde se dominaba el pueblo. Mientras tanto, su hermana dormía en la cuna todo el tiempo. Otra vez tenía un escíbalo tan grueso atascado a medio camino, que ni entraba ni salía; gritaba, y en la cocina le preparaban la lavativa, cuando plás, ya no hizo falta la lavativa. Y de todas formas no ve cómo se la hubieran podido aplicar en aquella tesitura. El pestillo del retrete, dando vuelta, dejaba al descubierto unos letreros blancos con letras negras, en forma de media luna: libre, hacia un lado. Ocupado, hacia el otro. Da fe de que es la pura verdad. Su madre le decía: “mientes más que parpadeas”, y ella se preguntaba quién sería aquel Parpadeas que tanto debía de mentir. Y otras veces: “esta niña no aprende más que lo malo. ¿Dónde aprendes esas cosas? No será de tu padre, ni de tu madre”. “Dejadla tranquila, ya se autoeducará cuando crezca”, sentenciaba su tía la que estudiaba filosofía y letras. Su madre la castigaba en un rincón, con las manos en la cabeza y mirando a la pared. O la encerraban en el cuarto oscuro donde su padre revelaba las radiografías.

Era un cuartito con luz colorada, y unos papeles negros sujetos con chinchas sobre el montante de la puerta. Ella hacía recuento de todas las palabrotas conocidas e imaginadas, las iba hilando y farfullando bajito. También deseaba en aquellas ocasiones ponerse muy enferma, aunque sin llegar a morirse, para darles a todos un susto; con tal fuerza lo deseaba que a veces se sentía enfermar. Se hacía la dormida cuando le levantaban el castigo, apretaba los ojos, hasta que se dormía de verdad, se relajaban sus músculos y su madre la depositaba en la cama suavemente. Un médico amigo, que venía a visitarlos de fuera, al lavarse las manos dejaba la pila del lavabo llena de churretes negros. A través del ojo de una cerradura vio a su tía, la que estudiaba filosofía y letras, de espaldas bañándose desnuda en una tina de zinc. La puerta de la calle se abría desde arriba, tirando de una cadena que levantaba abajo un pestillo. Su padre cobraba a duro la consulta, y los enfermos ocupaban la sala de espera, el rellano de la escalera, se sacaban las sillas de la casa y acababan teniendo que sentarse en los escalones. A su hermana menor la dejaron olvidada una mañana de lluvia en la azotea, metida en su cochecito. La encontraron calada, chupando tranquilamente el agua que caía. Pero cuando creció, ¡ah, ladina! la pequeña empujó a la mayor desde lo alto de la escalera. Ella bajó rodando, y al llegar abajo tenía un fuerte dolor en un hombro: su padre le apreció, a través de los rayos X, fractura de clavícula. Cuando entraron los nacionales ella se asomó al balcón, ante la consternación de todos los suyos gritando u hache pe, u hache pe, y con el puño levantado. Antes, una muchacha (no Mercedes, por supuesto que no), denunció a su padre por tener dos pistolas, una negra y otra con las cachas de nácar. Ellos entraron en el despacho y se las llevaron de un cajón de la mesa. Pepe, el limpiatubos, solía contarle historias de cuando él cazaba leones en África. Ella lo escuchaba maravillada, sentada en el poyete de la ventana del laboratorio. Él tendría por entonces diecisiete años y no había salido nunca de Morón de la Frontera. Desde la azotea ella saltaba al tejado y desde allí, a través de una montera acristalada, veía alguna vez a su padre junto a la gran mesa verde, jugando al billar en el Círculo Mercantil. Escuchaba los chasquidos de las bolas y distinguía en el fondo algunas calvas y entre ellas, el pelo abundante, negro y rizado de su padre, y la punta de su nariz; nunca se le ocurrió mirar hacia arriba, por fortuna. La vestían siempre de celeste, a su hermana de rosa. Su hermana se hizo caca en el sofá de mimbre pintado de amarillo brillante; la caca se introdujo entre los mimbres y no hubo manera de arrancarla del todo. O lo ha soñado, o años después seguía viendo alguna partícula marrón entre

los mimbres. En verano el calor no los dejaba dormir, y subían los colchones a la azotea; recuerda haber dormido con todas las estrellas encima, brillando arriba sobre el fondo negro. La azotea tenía un antepecho de cemento, calado formando dibujos. En un rincón se criaba un pequeño naranjo, o quizá un limonero (“yo vi un limón limonero gotas de sangre llorar”.) (“Y con su silencio se puso amarilla, igual que se pone la flor del romero”). Eran amarillas las flores de la madreSelva, y tenían un aroma dulce, pegajoso, y extraños y largos filamentos blanquecinos. Su madre que quemó las manos con el hornillo de alcohol del laboratorio. Se volcó el hornillo, se prendió el alcohol y la madre intentaba apagarlo con las manos. Alguien acudió y lo sofocó con una manta de lana. La lana no arde, ella lo supo entonces, es buena para apagar el fuego. Por la calle, a su padre le dieron el alto los milicianos; venía de comprar el pan y una botella de vinagre. Se le enredó la mano en la cinta de la bolsa del pan, no podía sacar del bolsillo ni la mano ni la bolsa, y por poco lo dejan seco allí mismo. El vinagre se le derramó en el bolsillo, y luego todo él olía a vinagre. Una vez hicieron un viaje en plena guerra, y su padre se puso una camisa azul para que no lo detuvieran por el camino. Entonces se perdieron y entraron en zona de nadie, y si no es porque les avisa un labriego, hubieran hecho un lindo papel en zona roja. Ya tenía su padre marcada la ropa interior para ir a la guerra, cuando los nacionales tomaron Barcelona. Mi padre se hartó de ganar duros en Morón de la Frontera y decidió marchar a Málaga pasando por Ronda, donde nació mi segundo hermano varón, en la casa antigua de la abuela, junto a la plaza de toros. De Morón de la Frontera, además de los muebles de mimbre y el horrible despacho pseudo -renacimiento español, de los rayos equis y el electrocardiógrafo y otras cosas, nos llevamos a la tata Mercedes. Era alta, delgada y cenceña como una gitana de calendario. A poco de llegar a Málaga se arregló con el Perch, que era un tonto conocido que vendía perchas por la calle. “¡Peerch!”, sonaba su voz cascada, en la caleta; “¡Peerch!”, remedaban los chavales, y ella asomaba al portal, alborozada. Pero luego gracias a Dios se cansó del tonto, y se buscó un marido como Dios manda. Mientras tanto yo había pasado del Catón al libro primero de lectura, que empezaba así:

“Frasquita encontró a la tía Felisa que tenía una carta en la mano. Era la carta de su nietecito el marinero que le escribía desde los lejanos mares de Filipinas, por donde navegaba”.

RONDA

“Ejemplo de la fuerza y de la cólera que hicieron temblar a nuestra madre en su trágico albor es esta brava serranía que alzarón a pulso dos titanes, el agua y el fuego, cerca del mar latino y en la postrera de las tierras hacia donde el sol se pone. El colosal esfuerzo que desgarró los senos del mundo, y empujó las rocas, y alzó las cumbres al cielo, y echó pedazos de montañas al mar, salpicando la cara del astro rey, dejó intacto, en medio de la sierra, un arrogantisimo peñasco de atrevida frente, señoreando el bravío paisaje como la cimera de un blasón.

“Pasaron siglos, tal vez milenios, largas edades misteriosas en las que el tiempo suelto y libre, niño y alegre señor y no cautivo de los astros, cabalgaba en lo infinito sobre el negro corcel de la noche. Y llegó un día -ya encadenado el tiempo- en que el peñasco de la sierra parecióse a la mirada atónita de los primeros hombres partido por gala en dos, pero en pie y orgulloso todavía.

“¿Quién realizó el milagro? ¿Qué nuevo paroxismo del planeta, qué brazo gigante fabuloso alzó la peña de su firme asiento, y descargó en su cráneo tan desaforado mandoble, y abrió el robusto cuerpo en canal, y metió la luz del sol en sus entrañas? ¿Qué tajo, qué empellón, zarpazo o dentellada fueron bastantes a domar la cerviz del arrogante monstruo, sajar la roca viva y desligar sus recias coyunturas, cual si fuesen los blandos cartílagos de un niño? ¿Fue el hacha paciente de las aguas, o el corrosivo látigo del fuego, o el temblor epiléptico de la tierra, llena todavía de angustias y de cóleras?

RICARDO LEÓN, Alcalá de los Zegrías.

DESDE ARRIBA LOS CAMINOS, LAS TIERRAS Y EL RÍO SOBRE SU LECHO pedregoso formaban un mosaico multicolor, tan familiar. Las personas en el fondo cobraban proporciones de insecto movedizo, bajo el inmenso muro terroso. Y junto al río los molinos blancos con pequeñas bocas vomitando espumas diminutas. Dejando resbalar la mirada, valles verdes, suaves montículos punteados de encinas, desniveles elevándose poco a poco más y más como en telones diferenciados, ondulaciones grises, azuladas, violeta, en una sucesión infinita de planos superpuestos, desdibujados; y destacando sobre las cadenas suaves, cumbres abruptas, cortes solitarios.

Rompiendo la armonía de las curvas se levantan, gemelos como dos pechos puntiagudos, los dientes del Hacho y Tabizna, oculto en la lejanía el agreste salvajismo de sus flancos lisos, arrojando en su seno el pueblecito acurrucado. Más allá, tras la línea que marca el horizonte, el sol se hunde cada tarde con el estallido de un inmenso órgano.

Balcón inaudito, balcón único donde corríamos de niñas sobre el abismo. Balcón cuadrado, enorme, como una terraza suspendida, altos barrotes de hierro forjado protegiendo nuestros juegos al borde de la alameda, junto a los pilares pétreos rematados de grandes bolas de granito. Jugábamos entre los macizos, colándonos por entre las calvas que se abrían en la hojarasca, haciéndonos polvo las rodillas contra la arenilla pedregosa de los paseos laterales, sobre el cemento áspero del paseo central, junto al templete de la música o a la gran pileta donde nadaban tres o cuatro gruesos peces rojos. O junto a la casa de los guardas o al otro lado, donde estaba el kiosco que ostentaba la oronda denominación de "Biblioteca". Y el estanque. Y el árbol grande en el centro de la plazoleta alargando sus ramas como radios de una enorme sombrilla.

Desde la alameda, bordeando la cornisa sobre el Tajo, el paseo de los Ingleses con remembranzas de Joyce o de Rilke, como un sendero que bordeara el fin del mundo, estrecho pasaje protegido tan sólo por un murete bajo, donde se asoman las chumberas: higos rojos, cuajados de espinas, suspendidos en el infinito. Todo formando parte de nuestras pequeñas vidas: abismo, horizontes, cordilleras que se pierden en la lejanía, y la explosión de oros rojizos, bermellones transparentes, fuegos cegadores, jirones ígneos, incandescentes, el sol sumergiéndose pesadamente a lo lejos, tras la línea

última.

“Cierra bien la puerta del desván cuando bajas”. La puerta estrecha y alta, como olvidada en el pasillo junto a la del comedor. “Cierra bien, no se metan los gatos en casa”. Y yo daba vuelta a la llave y descorría el pestillo que chirriaba, oxidado. Tiraba de la hoja que gemía sobre los goznes y me hallaba entonces al pie de la escalera empinada de vieja madera polvorienta, sintiendo de golpe el ambiente helado y el tufillo a orines de gato. Subía luego medio a tientas y con recelo, oyendo crujir y sintiendo arquearse los peldaños bajo los pies, procurando no volcar en la semioscuridad alguna botella vacía a mi paso. Encendía la luz y un pobre resplandor amarillento desvelaba apenas las sombras profundas entre las vigas y los entramados, y apoyándome en las paredes próximas a derecha e izquierda seguía remontando escalones con tiento, entre chasquidos de tabla vieja que me sobresaltaban. Hasta que dominando el hueco de la escalera me hallaba ante el amplio sobrado que se extendía sobre la vivienda, pavimentado de rojas baldosas de barro cocido, alguna de las cuales basculaba bajo las pisadas inseguras. Y arriba la armazón abuhardillada curvándose bajo el peso de la cubierta de oscuras tejas desiguales, las telas de araña formando bajo ellas un fino artesonado blanquecino. Yo husmeaba en los rincones con la secreta esperanza de encontrar algo nuevo en medio de los desechos conocidos, los cajones de tablas ásperas o los pocos muebles desvencijados que desde siempre sabía arrumbados en la sombra, sin que nadie más que yo y las familias de gatos que sentaban allí sus reales holláramos su polvo espeso. Luego, a través de los ventanillos semicerrados, oteaba el azul anochecer sobre el jardín y las copas de los árboles, o los luminosos cuadriláteros de las ventanas vecinas con un estremecimiento de desamparo. Bajo los pies adivinaba el calor de la casa, a Isabel trasteando en la cocina o rezando el rosario, acurrucada al pie de la gran caldera que con su chisporroteo sordo inundaría el pasillo de fugaces resplandores rojizos. Avanzaba de puntillas sobre las baldosas hacia el único lugar protegido al fondo del desván, apretando en la mano el manajo de llaves que había sustraído a la custodia de Isa, tanteaba la puerta hasta introducir una de ellas, haciendo ceder con fuerte presión la cerradura. Manipulaba después el candado, y al fin aparecían ante mí los ajados tesoros, resto de antiguos oropeles que se amontonaban en el cuarto: la sillería pintada de negro con penachos de flores menudas y los desvencijados asientos cubiertos de tazadas sedas. Floreros llenos de perifollos, frascos de cristal de formas y

tamaños diversos, arañas polvorientas, y viejas orlas universitarias donde extraños personajes amarilleaban en marcos negros con grecas y volutas doradas. En una caja de cartón tres o cuatro bolas de oscuro marfil cuarteado, y al fondo un cajón donde de un año para otro se guardaba mi belén de pastores mutilados y corchos rugosos, ristras de bombillas empalmadas en cables y un tosco Niño Jesús de color de rosa. Tras de haber examinado todo ello por centésima vez volvía sobre mis pasos atisbando entre los maderos allá abajo la calle sumida en sombras, rotas apenas por mortecinos puntos de luz. Y alcanzando la escalera abandonaba aquel mundo alucinante que se sumergía por momentos en la oscuridad más completa, hallando tras descender sobre los escalones crujientes el ambiente luminoso saturado de aromas dulces y de reconfortante calor.

LA ANTIGUA CASA DE LA ABUELA EN RONDA LINDABA CON EL PICADERO de la plaza de toros, algunos de sus muros eran comunes. A través del ventanillo del granero, de sus barrotes en cruz, veíamos el piso empedrado y oíamos relinchar a las caballerías mientras las herraban. Apenas alcanzábamos a distinguir en el ángulo cómo el hombre sujetaba la pata doblada, desprendía la herradura desgastada, y colocando una nueva, reluciente, la clavaba en el casco con martillazos sordos. Siempre me extrañó que aquella operación no causara dolor a la bestia que, una vez calzada, tomaba la salida con paso reposado a través del arco de piedra, rasgando el silencio al resbalar sobre las piedras pulidas, aparejada ya con su silla o su albarda y sus guarniciones descoloridas, bordeando los jardincillos ralos protegidos con alambre de espino.

Aquella casa evoca en mí recuerdos de guerra, sumergidos en neblinas lejanas: estampidos secos, angustias expectantes, murmullos, incertidumbres. Y un grupo de hombres buscando al abuelo, y una caja de caudales gris, con las cuatro ruedecillas combinadas, abierta de par en par, y un cartucho de bombones. -Estarán envenenados-, dijeron ellos. -¿Envenenados? Los tiene para su nieta-. -Come uno-. Ella comió un bombón, ellos se llevaron el resto. El abuelo no estaba allí, nunca más estuvo allí. En la última imagen que conservo de él, quizá la única, lo veo de pie junto a una cuna. Hubo un tiempo de esperanza que terminó con la guerra y con la vuelta de los prisioneros: él no estaba entre ellos.

Después de los milicianos llegaron los moros, entraron también, saquearon, el pequeño gramófono de madera clara, con manivela, con discos

diminutos, que se guardaba en el cuartillo. Y los cubiertos de plata, si no recuerdo mal.

En la cama grande del piso alto, donde había nacido mi hermana, nació también mi segundo hermano. Yo dormía en la habitación contigua, y a medianoche me despertó un grito; tras los cristales de la puerta, decorados con papeles de color, escuché una voz masculina, paternal: “Calma, niña, que no es para tanto”. Poco después un vagido y me volví a dormir, con una extraña incertidumbre. Había nacido un varón, y a la noche siguiente los hermanos de mi madre salieron con mi padre a celebrarlo. Después de tantos años no he podido olvidar la escena: lo traían sujeto por los sobacos, verde de bilis; su hígado impenitente no había tolerado unas copas de manzanilla. Ellos llevaban en el cuerpo más del doble cada uno, tan frescos sin embargo. Diferencia de castas. En el oratorio, junto a la imagen del Sagrado Corazón, dos mariposas chisporroteaban con su llama menuda sobre la capa de aceite, sobrenadando la lamparilla. Por entre los barrotes de las ventanas se colaban las hojas gráciles de las acacias.

En aquel dormitorio pasé el sarampión medio a oscuras, y rodeada de trapos colorados que tamizaban la luz en las ventanas, sumiéndome en una penumbra rojiza. La desazón no me dejaba parar, cambiaba continuamente de postura en la cama sin sentir ningún alivio. También allí tuve que tragarme algunas veces a la fuerza un gran bol lleno de café negro donde la abuela trataba de disimular el sabor del aceite de ricino. Y no lo conseguía, pero sí consiguió que aborreciera el café para toda la vida.

Las muchachas dormían en un gran cuarto abuhardillado sobre la cocina. Allí, sobre las camas, no sé por qué motivo se habían tendido unos lienzos como palios que daban a la habitación un extraño aspecto. Las muchachas comían uvas pasas por la noche, y dejaban los rabos en la mesilla. “No comáis pasas en la cama -decía la abuela-, o acudirán los ratones. O por lo menos no dejéis los rabos en la mesa de noche”.

Las uvas pendían de las vigas del techo en la despensa, en racimos atados con hilos. Iban tomando poco a poco un tono dorado, blandas primero y luego cada vez más oscuras y arrugadas, y su tallo más seco. El olor dulzón trascendía al patio a través de las ventanas enrejadas.

En invierno se preparaban en la cocina los braseros de cisco y picón de orujo, y en las brasas se echaban granos de alhucema que perfumaban la casa con su aromático sahumerio. Sobre el mármol blanco de la mesa, untado de aceite, la abuela iba vertiendo con cuidado la masa caliente de las arropías,

formando barritas acarameladas hechas de miel. Arropías de Turquía, las llamábamos nosotras, y eran doradas, correosas, y se estiraban, se retorcían entre los dientes.

Se entraba desde el zaguán a través de un portón con postigo. El portón permanecía cerrado, y había que levantar los pies si no se quería tropezar con el umbral. A la izquierda había una sala grande con dos cierros bajos junto a la fachada de la plaza de toros. Allí, en la enrejada ventana salediza, sentada sobre el poyete encalado, me había leído mi madre el cuento de Alicia en el país de la Maravillas, antes de que yo supiera leer. Algún tiempo después lo leí yo misma, aunque tardé muchos días en hacerlo. Y unos años más tarde me asombró el comprobar que podía terminarlo en un rato de un tirón.

En las ventanas había cortinas de malla amarilla salpicadas con siluetas de pájaros negros que me recordaban los grajos de las hendeduras bajo el puente nuevo, ya que desconocía las golondrinas. Sobre la mesa grande del comedor, una lámpara de abalorios colgantes en hilos, formando dibujos multicolores, expandía una extraña luz. En la habitación acristalada que llamábamos el “tubo”, la costurera repasaba la ropa tarareando tangos de Carlos Gardel (“Silencio en la noche, ya todo está en calma...” y me contaba argumentos de películas de Miguel Ligeró y Estrellita Castro. Otras veces acudíamos corriendo a la puerta de la calle, cuando escuchábamos la bocina del pregonero, un hombre seco con una cicatriz en la cara y una bocina de metal oscuro. O salíamos a comprar bizcotelas para la merienda, o caramelos de menta por si a la abuela le daba la tos.

Era dulce y lechosa la sopa de almendra que invariablemente cenábamos por Nochebuena, seguida del besugo al que Isa habría practicado unas cisuras en su parte superior y acoplado en ellas sendas rodajas de limón, rociándolo después con aceite e introduciéndolo en el horno hasta que adquiría una apetecible consistencia gratinada, sobre el lecho de finas lonchas de patata; pero tú apenas probabas la sopa, el besugo y un insignificante trozo de turrón. Te acostabas pronto aquella noche y yo me dirigía a cantar la misa del gallo al colegio de las Dominicas Francesas: “Il est né le divin Enfant, chantons tous son avènement”. Al día siguiente la mesa del comedor con las dos tablas suplementarias, cubierta con los manteles de hilo, guarnecida con la vajilla dorada y negra y las copas de vástago alto que llevaban tus iniciales. En la cocina un ir y venir nervioso, los salones y los pasillos llenos de gente, todos tus hijos y tus nietos que habían venido a pasar contigo la gran fiesta. Yo

zascandileaba de acá para allá, hasta que me agarraban en la cocina para que hiciera la mayonesa que casi siempre acababa cortándose. Yo la removía con un tenedor, mientras con la otra mano iba derramando el hilillo cristalino del aceite sobre la amarilla masa pastosa, que de pronto sin saber por qué leyes físico-químicas se convertía en una plasta repelente, donde cada cosa se marchaba por su lado sin que hubiera forma de rehacer la emulsión. Yemas y más yemas, y aquello no llevaba visos de arreglarse. Por fin abandonaba, y alguien acudía a enderezar el entuerto mientras Isabel escaldaba las langostas en una enorme cazuela, las desdichadas langostas que ajenas a su fin próximo agitaban las largas antenas con parsimonia, hasta que el contacto con el agua hirviente las hacía contraerse y sumirse en un estremecido estertor agónico. Al mismo tiempo vigilaba el lechazo, que en el horno tomaba poco a poco un inconmensurable tono dorado. “Vete preparando los huevos, guapina”, me decía. Eran unos huevos rellenos en los que me fui especializando, y que perfeccionaba amorosamente año tras año prodigando en su decoración los más variados elementos. De pronto reparaba en que iba a perder la última misa de la mañana, que era la última del día. Me encajaba un abrigo sobre el delantal manchado de salsa de los pimientos colorados, y me desalaba corriendo hacia la catedral. Luego, sobre las anchas losas de piedra helada intentaba concentrarme en los rezos, y sólo conseguía volver y revolver sin remedio al adorno de los huevos rellenos, combinando “in mente” el amarillo de la yema cocida con el bermellón de la salsa de tomate, el verde salpicado de las aceitunas con el sonrosado de las gambas y el escarlata de las tirillas de pimiento. Por la tarde, después de los postres, había que felicitar las Pascuas a la anciana monjita hermana de la abuela, que había tomado el hábito de las Salesas Reales en alguna fecha del siglo pasado, cuando sólo era una niña. Desde entonces no había visto la calle, ni a través de las celosías que velaban las ventanas del convento. Ni siquiera cuando llegó a la ciudad la imagen de la virgen de Fátima quiso romper su clausura y asomarse a verla. Tirábamos del cordón de la campanilla junto al portón oscuro, y escuchábamos su tintineo lejano; unos minutos de atento silencio, y envuelto en efluvios de cera quemada y pétalos de rosa aparecía el rostro de una hermanita que nos introducía en la luz tamizada de un recibidor impoluto. Y mientras se interesaba por la salud física y espiritual de todos nosotros nos conducía por un pasillo largo, dominado por una claraboya, hasta el pequeño locutorio donde tomábamos asiento intercambiando durante la espera discretos cuchicheos. Yo curioseaba las flores de trapo y las máximas piadosas colocadas en las

paredes. “Va un duro si haces lo que sabes delante de la tía”, me insinuaba un familiar zumbón, y aludía a un gesto chabacano que yo me complacía en realizar con los dedos, acompañándolo de una sonora pedorreta, para desesperación de las tías. Pero oh, ni por un duro de entonces lo hubiera yo exhibido ante la tía monjita, aunque no estoy segura de si no lo hubiera hecho por cinco. Por fortuna nunca sucedió así, y la visita transcurría con toda normalidad, cuando tras las dobles rejas erizadas de pinchos se deslizaban suavemente las cortinas negras y detrás de ellas, en medio de una opacidad perlina, aparecía la figura distinguida y frágil de la monja viejita, rodeada de un halo quebradizo como una aparición incierta. Sus manos finísimas y blancas acariciaban el rosario de cuentas gruesas que se ocultaba entre los pliegues del halda, o se acogían a la débil tibieza de las amplias bocamangas; y el rostro níveo se distendía en una sonrisa surcada de sutiles arrugas. Ella nos daba siempre escapularios y cajitas pintadas con flores y motivos piadosos, hechas con celuloide de radiografías veladas; nos hablaba amablemente con una voz de otro siglo, y a mí me daba buenos consejos: “Reza a Jesús”. “Sí, tía”. “Y a la Santísima Virgen”. “Sí”. Y para otra vez, que le pidiera a mi padre las placas veladas de las radiografías. “Sí, descuida”, para hacer los escapularios y las cajas decoradas con florecitas de colores suaves. “Y a santa Margarita María de Alacoque”. “Sí, tía”. Luego, aquel día en que nos avisaron que se había muerto, estaba en la capilla detrás de las rejas con pinchos del coro, metida en una caja de pino liso y sin pintar y con cuatro cirios alrededor, un poco más blanca que de costumbre y un poquitín más consumida. La enterraron después en el huerto de las monjas entre magnolios y guisantes de olor. Por entonces no sólo la vi a ella, viejita dentro de su caja; también vi a don Florián, el capellán anciano de las Dominicadas Francesas, que había dirigido para varias generaciones de colegialas las novenas de la Purísima. Nosotras repetíamos cada una de las invocaciones que él recitaba desde el púlpito, y lo hacíamos en un tono entre piadoso y divertido: “Soberana emperatriz de cielos y tierra, calzada de la luna, vestida del sol, coronada de doce estrellas”, etcétera. Nos arrullaba cada año la repetida cantinela, hasta que don Florián exhaló como un pájaro su débil suspiro último. Las niñas pasamos a verlo, replegado en su caja como un angelito viejo. Vino después a sustituirlo aquel capellán joven, y hay que ver con qué aire manejaba el manteo y lo guapo que era, y lo bien que hablaba. Pero pronto nos lo arrebatrían para canónicos fines de más envergadura.

MÁLAGA

“MÁLAGA, ciudad bravía, moderna entre las modernas, con cuatrocientas tabernas y ninguna librería...”

DEUTSCHE SCHULE. TODOS LOS DÍAS PASEO DEL LIMONAR ARRIBA, y abajo. El colegio estaba al final, al pie del monte y rodeado de villas señoriales, con la torrecilla característica cubierta de tejas vidriadas, verdes. Herr Müller, Herr Dörr, Herr Metzler, Tante Inge, Tante María. Una disciplina férrea, un gimnasio con potro, anillas, barras, y en medio del bosquecillo de eucaliptos el Kindergarten. “Alle Vögel sind schon da, alle Vögel, alle”. Herr Metzler meneaba el cuero cabelludo, atrás y adelante, sin que se le moviera un solo músculo de la cara ancha. “Wenn die Soldaten durch die Stadt marchieren, öffnen die Mädchen die Fenstern und die Türen”. Tocaba el piano, tocaba el acordeón, tocaba el violín y tenía una sonrisa franca y brutal. Todo él era brutal. A los chicos los agarraba de las orejas y se las retorció. A las chicas no, a las chicas nos cogía de las patillas y nos levantaba del asiento tirando hacia arriba. Luego seguía tirando, y era cuando dolía. “Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt”. Tante María era muy dulce, quería mucho a los niños del Kindergarten y a algunos les contagió su tuberculosis sin saberlo. Nos ponían en fila ante el despacho del director y nos iban expurgando uno a uno. “Liendres, tienes nidos de liendres, dí en tu casa que te den alcohol, que te pelen”. Las liendres eran como puntos blancos, brillantes. Se agarraban a los pelos y había que arrastrarlas desde la raíz para sacarlas por la punta. Al aplastarlas sonaba un chasquido simpático, chác, eran los huevos de los piojos. “Tienes piojos, tienes piojos, tú si que tienes piojos como gambas”. Todo el mundo en Málaga tenía piojos entonces, hasta en las mejores familias. Ibas en el tranvía y veías correr uno por la espalda de tu vecino. Eran pardos, oscuros, con el abdomen aplastado y junto a la cabeza un racimo de patitas que movían desesperadamente sobrenadando el agua de la palangana. Al pasar la peina espesa salían agarrados entre las púas y ¡zás!, al agua. Mi madre despiojaba a las muchachas cuando llegaban del pueblo, y en la palangana pateaba una escuadra de bichos pardos. Luego les empapaba la cabeza con alcohol y nos revisaba a nosotros por si habíamos cogido alguno. El piojo verde llamaban a la enfermedad que inculaba el piojo,

el año del hambre se dieron muchos casos y las gentes se morían como chinches. Chinches también las había, en los cines, en los autobuses y en las casas en cuanto te descuidabas. Se metían ladinas entre las bolsas que formaban los empapelados en la pared, en las aneas de las sillas y dentro de las barras de las camas. Lo de mi madre por las chinches era obsesión, las perseguía hasta en sueños. Rociaba las camas con petróleo y les prendía fuego, nunca se podía descuidar la vigilancia. Las chinches de cama se ponían gordas, turgentes, hinchadas de tanto chupar sangre, y al aplastarlas reventaban dejando un ancho chafarrinón sangriento. En el hotel Miramar se alojaron los regulares, aquello era un vivero de piojos, chinches y pulgas que saltaban al peatón como lobs hambrientas. “Vaya, me cogí una pulga, o una docena de pulgas, debo tener la sangre dulce”. Detrás del Miramar los regulares se bañaban en la playa, en calzoncillos o en cueros, entre los restos de las letrinas que salían por los tubos negros. La resaca arrastraba los detritus mar adentro, pero a veces flotaban sobre la espuma amarilla y se quedaban atascados en los chinarras o enredados entre las algas que arrojaba la marea. Nosotras jugábamos al diábolo en las aceras anchas del paseo de Reding, frente a las casas de Félix Sáenz llenas de terrazas, terracitas, balconcillos, tejadillos, macetitas y barandillas, junto al edificio del Desfile del Amor. Merendábamos pan de higo en bloques apretados y secos, y habíamos comido con seguridad batatas cocidas o batatas asadas o puré de batatas: “La otra tarde me dijeron que mi suegra se moría, pues no tiene qué comer más que batatas cocías. Y llamaron al doctor y la puso en la pantalla. Ay, corazón, qué tendría mi suegra, ay, corazón, que se puso tan mala”, cantaba la gente del pueblo.

Otro avión y tampoco en éste había plaza, y es tarde. Han dicho que el próximo no tardará mucho en llegar. Fuera, el aire fresco trae olor a gasoil. La gran terraza, atalaya sobre el anochecer, el zumbido atronador de los motores a intervalos se aleja, vuelve luego envuelto en un pitido.

Sobre las pistas anchas, pequeñas furgonetas arrastrando una o dos plataformas, camiones cerrados, blancos o grises, de Iberia. A ambos lados las LUCES brillan doradas, diminutas. A occidente bandas horizontales de nubes grises sobre el resplandor rosado, hacía oriente el cielo ha pasado de azul pálido a gris. Cada vez es más penetrante el olor a gasoil. Aviones blancos con raya azul, con raya roja. Las LUCES de las alas parpadean, y la superior gira con destellos rojizos. Hay LUCES

azules en las pistas, de un azul brillante, añil, cada vez más nítido. Los pueblos circundantes se van iluminando poco a poco, tengo el frío metido en los huesos y estoy tiritando. Un sonido agudísimo los taladra ahora, un pequeño avión toma tierra, sus LUCES titilan, rojizas entre las azules, en un crescendo de ruido. Las de precaución, sobre los altos palos, brillan como puntos rojos.

LO RECUERDO COMO UN MATRIMONIO MADURO, PEQUEÑO Y REDONDEADO que me obsequiaba con galletas María (o quizá el recuerdo de las galletas María con que me obsequiaban, configuró en mi memoria la imagen que conservo de aquel matrimonio). Cuando ellos se marcharon de Ronda la abuela compró su casa, frente a la nuestra antigua y a la fachada principal de la plaza de toros. Dejaron allí montones de esquelas mortuorias, hojas plegadas en forma de sobre de papel fuerte y labrado, con un ancho encuadre negro y una cruz negra estampada en el frente. También dejaron recordatorios de difuntos, con estampas dolorosas impresas en color sepia o en blanco y negro: “Rogad al Señor en caridad...” “El recuerdo de sus virtudes servirá de ejemplo a los que lloramos su ausencia...” Y siempre el ribete negro, la cruz negra: “María, auxilio de los cristianos, concededle el descanso eterno”.

La casa se derribó casi en su totalidad, se sustituyeron las antiguas vigas por unas nuevas metálicas, entre ellas me podía asomar al piso de abajo desde el piso de arriba. Mientras, los albañiles solaban con mosaicos de motivos geométricos o vegetales, encuadrados por una greca lisa en torno a las paredes. Hubo que elegir los suelos nuevos en muestrarios con dibujos de color, y las losas grandes de mármol blanco para el patio, el zaguán y la escalera. Levantaron la galería alrededor del patio, colocaron la fuente en el centro, la fuente de azulejos sevillanos con las cuatro ranas de cerámica verde en las cuatro esquinas, y el surtidor en el centro, también de cerámica verde. Se pintaron los techos con motivos de flores y frutas o de escenas de caza en el comedor, en el recibidor y en la parte alta de la escalera, en el salón grande del piso de arriba y al lado, en el oratorio; los zócalos se cubrieron de azulejos, se cambió el antiguo pasamanos de la escalera por uno de madera clara que se barnizó después. Revocaron la fachada, pintaron de negro la gran chapa metálica que cubría la chimenea de la cocina, con pájaros o aves del paraíso que destacaban vivamente sobre el fondo oscuro. En la despensa junto a la cocina se colgaron baldas que la abuela forró con tiras de papeles de cuadritos azules, y en un rincón se puso la gran tinaja de las aceitunas.

Bajo el hueco de la escalera, una puerta pequeña de celosía cerró la alacena abuhardillada. En la pared central del patio se colocó el Cristo del Gran Poder. también en azulejos sevillanos, y protegido por un tejadillo amarillo y azul de teja menuda. A los lados los dos faroles de hierro forjado por donde con el tiempo treparía el jazmín.

A veces los chorros cruzados de las ranas alcanzaban el zócalo y las ventanas del lavadero y de la cocina, cuando la llave se abría demasiado. O llegaba el agua al comedor, mojando los cactus sobre el alféizar y la palmera fénix en el macetón de la esquina, dentro del macetero de cobre. O quedaba titilando en pequeñas gotas brillantes pendientes de las esparragueras.

Los planteles de esparragueras derramándose desde lo alto, desde los tiestos cónicos que penden de cadenillas doradas. En el salón grande, junto al oratorio, las cortinas de malla con siluetas de pájaros negros adornan ahora los balcones y el cierra. Sobre el sofá de damasco están los cojines de seda, pintados con paisajes japoneses, rematados con borlas doradas y duras.

Desde la escalera se distingue el temblor luminoso de la lamparilla que cubre la pared de fulgores movedizos, a través del ventanillo redondo.

Mis dos higueras remontaban la vieja tapia restaurada, con sus ramas que al bifurcarse y entrelazarse me brindaban rincones acogedores donde pasar las tibias horas del verano, las doradas del otoño y las desamparadas del invierno. Rincones queridos adornados con ingenuos colgajos, vacilantes plataformas donde colocar mis libros, el grueso misal negro con cantos rojos, que la lluvia puso hinchado y descolorido. Los dulces higos al alcance de la mano, las hormigas trepando por el tronco y el dosel de hojas verdes sobre la cabeza. “¡Naaaneee, la hora de comer, vaaamos!”, Isabel desde la terraza de la cocina. “¡Ya voooy!”. O las desnudas ramas húmedas, bajo un cielo gris donde tiembla la última hoja del año, la savia escondiéndose a dormir su largo sueño. Tuve que sufrir que mis higueras fueran cortadas. “Los chicos que desde la calle tiran piedras a los higos, no dejan un cristal sano”. “Habrá que cortarlas, llamad al jardinero y que las corte”, el jardinero que una vez por semana arreglaba los macizos y desmochaba el boj, que tiraba los gatitos de la Patas cuando la Patas tenía crías. Dónde los tiraría, creo que se los llevaba metidos en un saco. Al final la propia gata ya vieja y tiñosa los mataba a mordiscos, y yo me los topaba por los rincones del jardín con los ojitos cerrados y las lengüitas fuera, con un cordoncito colgando del ombligo, tieso como una ramita fina. La Patas andaba ya como una loca con los ojos

brillantes, dispuesta a lanzarse sobre cualquiera, con el lomo negro arqueado y los pelos caídos a corros. "Esta mierda de gata", decía Isabel, pero la quería a pesar de todo como quería a sus macetas y a las cuatro o seis gallinas que criaba en el gallinero anejo a la tapia. Yo entraba a diario a recoger los pocos huevos, las espantaba aposta y las soltaba por el jardín, donde escarbaban picoteando la grama y deslizándose entre el follaje, con un frufú sedoso. Y entre el bisbiseo del airecillo en las ramas, los primeros rubores apuntando, los miembros flojos sobre los troncos duros y suaves, sobre las ramas suaves en medio de un mundo mágico, el zumbar de los moscardones y la humedad de la tierra. Arriba, en las galerías corridas de las casas vecinas, bullir familiar entre las cristaleras, voces sofocadas, tufillos a guiso mañanero, voces siempre iguales dominando con su ir y venir el huerto verde, y crepitar de fritos. Estallar de luces, estallar de sensaciones nacientes o el corazón latiendo en la garganta y un escalofrío contra el tronco frío; sabores de miel, y desvanecerse después, sentirse ingrávida, aquel mundo de luces anegando el espíritu, lágrimas agridulces, llantos inmotivados y desconocidos impulsos nacientes. De pronto: ya es tarde, ya es hora, lástima. Y a través de las escaleras sombreadas de enredadera blanca alcanzar la casa y los pasillos frescos, y el comedor en penumbra, con el balcón entreabierto y los perfumes colándose por entre la parra verde-claro.

LLEGABAN LOS COLONOS CON LOS CESTOS LLENOS DE PEROS DE RONDA y de quesos de cabra. Llegaban del Valle, del Baldío, de la Sierra, del Alcornocal.

-Le traigo unas cosillas, doña Victoria.

-Hombre, Dios te lo pague.

-No será de cabra, abuela -se relamía mi padre-. Ya sabe, las fiebres.

-Qué va a ser de cabra. Tú cómelo tranquilo.

Y le disimulaba yemas de huevo en todas las comidas, porque lo veía desmejorado.

-Yo no sé qué le pasa a mi hígado últimamente. Parece que no funciona muy bien.

-Tú tómate este caldito, anda.

Sajaba las aceitunas y las iba echando de una en una en la tinaja con salmuera, hierbas y una hoja de laurel. Allí se quedaban metidas en aliño, tomando poco a poco un color oscuro y poniéndose olorosas y blandas; las sacábamos cuando hacían falta, con un cazo con agujeros por donde escurría

el líquido rojizo.

Y cuando había que hacer un regalo al vicario o al abogado -notario, la abuela preparaba una de sus tartas caseras: batía las claras, mezclaba las yemas, la harina y el azúcar, lo revolvía todo metiéndolo en unos moldes de hojalata que luego en el horno cubría con un papel de barba. El papel se doraba primero, luego se chamuscaba, y entonces la abuela pinchaba el bizcocho esponjoso con una aguja larga, para asegurarse de que estaba cocido y de que no tenía blando el corazón. Y cortándolo luego en capas lo rellenaba con una crema tostada, lo adornaba por encima con chocolate derretido y con chorrillos de merengue formando dibujos.

Mientras tanto en Málaga el azúcar era moreno, la melaza, que se movía y temblaba en el azucarero como si estuviera viva.

Llevábamos de Ronda el aceite escondido en las maletas, entre la ropa interior. Llevábamos también de Ronda los tacos de jabón, del que hacía la abuela en una tina, mezclando aceite y sosa y azulete; movía y removía la mezcla, y después de mucho menearla con un palo la volcaba en un cajón plano de madera. Allí se endurecía y se cortaba luego en tacos con un cuchillo largo.

Hacia también la abuela el pan, todos los jueves: bregaba la masa con los puños con un curioso movimiento circular. Luego la retorció y la aplastaba, adornándola con pequeños cortes. Rodeando unos huevos con tirillas de masa, formaba unos cestillos que enviaba también a cocer con el pan.

En Málaga se comían bollos de maíz que eran oscuros y se atravesaban en la garganta, y tenían forma de tapón de cántaro. Y en Semana Santa, Jesús y los apóstoles llevaban también bollos de maíz en el paso de la Última Cena.

Desde su pintura en la pared del despachito me mira el abuelo Manuel. Y me mira siempre, me ponga donde me ponga, junto a la puerta o al lado de la ventana, o detrás de la mesa cerca de la librería. A todos los rincones me sigue su mirada aguda, bajo las cejas arqueadas. Tiene surcos profundos en el entrecejo y junto a las comisuras de la boca, y noto que algunos de sus rasgos son los míos. No sé cuáles exactamente, pero algunos son míos. Por eso me gusta mirarlo, y que él me siga con la mirada.

Tras la ventana baja y enrejada que da a la calle distingo la fachada de la plaza de toros, sus portones abiertos y la balconada de forja rondeña con cabezas de toros. A la puerta de la plaza están expuestas las carteleras de la película que ponen por la noche, en la gran pantalla colocada dentro del ruedo. Muy cerca de la ventana, obstruyendo en parte la vista, se halla un autobús

viejo y grande de la empresa de los Amarillos.

Junto a la ventana y en un rincón del despachito, la antigua caja de caudales con las cuatro ruedecillas que crujen suavemente al darles vueltas: la misma caja que recuerdo de siempre, desde la casa vieja. Y en la librería hay libros de texto antiguos y ejemplares de “La Chacra”, con cerdos enormes en las portadas.

Sobre la mesa, el palillero de plata con el que algunas veces me rasco las orejas. Otras lo chupo inadvertidamente, y entonces noto que sabe amargo.

-¿Qué andas zarceando por ahí? -me decía la abuela.

-¿Yo? Nada.

-¿No tienes una labor? Haz algo, hija- Me buscaba en el armario los materiales para las flores de trapo: pétalos de tela sedosa, rabitos y pistilos encerados, o me sacaba los patrones de la revista “Mani di Fata”.

-Eso es muy difícil de hacer.

-No es tan difícil.

Hacíamos florecitas de papel con cinco pétalos y el corazón de distinto color, pinchadas en un alfiler para el día de la postulación. O amapolas coloradas de papel de seda para el trono de la Virgen de Montejaque.

Me daba el libro de urbanidad que me había comprado, para que me lo aprendiera y adquiriera buenos modales. Yo me subía a la sillita en el cierro, y lo leía recreándome en la página de “la niña mal educada”, mirando al mismo tiempo la calle a través de los cristales bajos, entre las ramas de las acacias.

Al mediodía, las aceras de la calle san Carlos relumbraban de sol. Apenas alguna caballería cansina rompía el silencio pesado, andando al paso bajo el peso de un serrano, adormilado bajo el sombrero de ala ancha o la mascota parda de fieltro. Los pasos resonaban lentos, y de cuando en cuando despabilaban la calma un relincho largo o un rebuzno delirante, que empezaba estentóreo e iba perdiendo tono e intensidad en cada arremetida, hasta acabar en un bostezo sordo.

EN SUS VIAJES A MÁLAGA LA ABUELA ME DABA DINERO, BILLETES DE cien de entonces, guárdalo y que no lo vea tu madre. Yo lo guardaba en el cajón debajo de la ropa, mi madre lo encontraba y me lo administraba, y encima decía no sé qué de la abuela que me daba dinero a escondidas.

Pasaba yo temporadas en el pueblo con mis tíos, en Ronda con la abuela, en Málaga con mis padres, que intentaban una y otra vez poder tenerme con ellos; y siempre tenía que marchar porque el asma me consumía,